

Julio-Agosto 2014

Página izquierda:

“Dejémonos transformar por el Espíritu”

*Encuentro internacional
organizado en la Casa Madre
del 31 marzo al 14 de abril de 2014
para la revitalización
espiritual y vicenciana
de las Hijas de la Caridad
de 25 a 40 años de vocación*

Página derecha

VIDA ESPIRITUAL

- 210 Carta del 15 de agosto de 2014
Sor Evelyne Franc, Superiora general
- 213 Carta del 18 de julio de 2014
Padre Grégory Gay, Superior general
- 219 “Enviadas en misión”
Padre Patrick Griffin, Director general

DEJÉMONOS TRANSFORMAR POR EL ESPÍRITU

- 233 En la escuela de María Inmaculada, Sierva y Madre
Sor Anne Prévost, Hija de la Caridad
- 250 En 1830, la Virgen María y Catalina Labouré
Sor Anne Prévost, Hija de la Caridad
- 271 Cinco piedras lisas para escuchar la Palabra de Dios (continuación)
Padre P. Griffin, cm; texto leído por el Padre Schoepfer, Director general
- 277 Testimonio de la Provincia de Eslovenia
Sor Marta Jerman, Hija de la Caridad

Carta del 15 de agosto de 2014

Queridas Hermanas:

¡Que la Gracia de Nuestro Señor Jesucristo esté siempre con nosotras!

Desde hace unas semanas, están llegando a la Casa Madre sus numerosos mensajes con motivo de la fiesta del 15 de agosto; los he leído con emoción y ante todo, quiero expresarles mi agradecimiento por sus oraciones, su cordial felicitación y las noticias que me comunican.

Hoy, podemos cantar con María: « *Dios ha mirado la humildad de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí. Su nombre es Santo* »¹. En esta fiesta de la Asunción, el cuerpo de María es transfigurado en Dios, preludio de nuestra propia transfiguración. Con Jesús, desde ese momento, María vela por sus hermanos y hermanas que continúan su marcha en la tierra. Ella es Consoladora de los afligidos, Espejo de justicia, Puerta del cielo... y la Única Madre de la Compañía.

Consoladora de los afligidos: María mira con compasión y ternura a todos los que son víctimas de catástrofes naturales, de epidemias, de violencia, a los que se ven obligados a huir de su país...

Espejo de justicia: María alienta a todos los que están privados de sus derechos, que son perseguidos por su religión, su pertenencia étnica... Fortalece el ánimo de los que no se resignan a las desigualdades, de los que *asumen la causa de los pobres y trabajan en el plano social para cambiar las estructuras injustas que engendran la pobreza*².

Puerta del cielo: María es la que generalmente inicia en el camino de la oración a los niños, la que también acoge a los moribundos y los toma de la mano para ayudarles a franquear el umbral de la Vida

Única Madre de la Compañía: para nosotras, María es el modelo de la sierva humilde y disponible. En una carta a san Vicente de marzo de 1646, santa Luisa describe así su devoción mariana:

*“Pedir a Dios por la Encarnación de su Hijo y las súplicas de la Santísima Virgen, la pureza necesaria a la Compañía de las Hermanas de la Caridad y la solidez de esta Compañía, según su divino agrado”*³.

Las Consejeras y yo misma estamos atentas, como todas ustedes, a los dramas relatados por los medios de comunicación... La amenaza de Boko Haram en Nigeria y en el norte de Camerún, el virus Ébola en el oeste de África, la violencia en Libia, en República Centroafricana; además en Oriente próximo, el sufrimiento ya tan prolongado del pueblo sirio, los enfrentamientos en la banda de Gaza, el éxodo de los cristianos de Irak, sin olvidar los disturbios en Ucrania; por todas partes, la crisis económica y el triste destino reservado a los emigrantes... Podría completar y detallar esta lista que ya conocen.

Sin embargo hoy, en esta fiesta del 15 de agosto, la Iglesia nos presenta a la Virgen María, como un signo de esperanza. Es un apoyo seguro, una mujer tan frágil y tan fuerte a la vez, que vivió, ella también, en una época marcada por la violencia y la desigualdad, pero que nunca vaciló en su fe y en su confianza. Mirémosla y presentémosle estos sufrimientos.

¹ Lc 1, 48-49.

² Cf. Constitución 24e.

³ Luisa de Marillac, Correspondencia y escritos, p. 146.

Podemos confiar a María, a las cuatro Hermanas de la Provincia de Pamplona que servían a los pobres en Trípoli (Libia) y que han tenido que dejar, por segunda vez, este país abandonado al caos; la inseguridad urbana les impedía realizar su servicio habitual a los enfermos, a los niños de la Escuela filipina y a numerosos refugiados subsaharianos en Trípoli. Han regresado a sus países de origen, España y Filipinas, esperando volver próximamente a Libia.

El Papa Francisco y nuestros Obispos, que denuncian enérgicamente la violencia, el rechazo del extranjero y a veces nuestra propia tibieza, nos recuerdan nuestro deber de palabra y acción y la fuerza de la oración, la fuerza del recurso a María.

Ha sido para mí una gran alegría recibir los ecos tan satisfactorios de sus Asambleas provinciales. Algunas acaban de terminar, pero la mayoría terminaron hace ya varias semanas. Constató con gozo cómo las Hermanas han expresado con sinceridad su deseo de avanzar, de ser audaces en el ejercicio de la caridad, para responder a las llamadas de hoy con un nuevo impulso misionero. El Espíritu está actuando y tengo la convicción de que la Asamblea general recogerá los frutos de sus trabajos en una abundante cosecha que redundará en bien de los pobres y de la Compañía.

El Consejo general va a multiplicar sus sesiones para trabajar en la preparación más directa de esta Asamblea general. Estoy segura de que tienen presente esta intención en sus oraciones y sus cartas me lo confirman nuevamente.

Reiterándoles mi agradecimiento, les aseguro, ante la Virgen María, mi oración por cada una de ustedes. ¡Feliz fiesta de la Asunción!

Con todo mi afecto,

Sor Evelyne FRANC
Hija de la Caridad

Carta del 18 de julio de 2014

Queridos miembros de la Familia vicenciana,

Con motivo de la fiesta de San Vicente de Paul, en nombre de la Familia vicenciana y de los responsables de nuestras diferentes ramas, les escribo para informarles que hemos decidido consagrar el próximo año a la “nueva evangelización”. Lo celebraremos como Familia vicenciana centrandó nuestra atención en tres puntos claves de fidelidad en el seguimiento de Jesucristo, evangelizador y servidor de los pobres:

- La necesidad de una conversión personal y comunitaria;
- La necesidad de ir más allá de nosotros mismos, escuchando el grito de los pobres, sobre todo de aquellos que viven en la periferia de nuestras ciudades y al margen de la sociedad actual,
- La necesidad de evangelizar y ofrecer nuevas formas de llevar a cabo la pastoral de la familia.

Del 5 al 19 de octubre de 2014, el Papa Francisco reunirá un Sínodo de Obispos para examinar “los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización”. Es un tema importante propuesto por nuestro Santo Padre para el bien de la Iglesia, como lo mostrará este Sínodo.

Al comienzo de su pontificado, el Papa San Juan Pablo II lanzó la llamada a “una nueva evangelización” para estimular a un nuevo fervor y buscar medios innovadores para encontrar a Jesús, ahondar en nuestra relación con Cristo y crecer en nuestra vida de fe. Esta llamada de Juan Pablo II llegó en un momento de malestar general entre los cristianos, en particular en los países del mundo desarrollado. Juan Pablo II pensaba que los cristianos estaban siendo menos fervientes en la vivencia de su fe, y por eso hizo una llamada a la conversión y a una nueva evangelización. Sus dos sucesores: el Papa emérito Benedicto XVI y el Papa Francisco, continúan y favorecen estas dinámicas en favor de una renovación.

Redescubrir y encontrar de nuevo a Jesús con amor en nuestros corazones, profundizando en nuestra relación con El para crecer como discípulos, es un aspecto esencial de esta nueva iniciativa. Se trata de una profundización personal de nuestra fe en el Dios de Jesucristo, un fruto del Espíritu Santo. Este amor nos guía en el camino de devoción a Dios y de entrega a los demás, sobre todo a los pobres. Como cristianos verdaderamente comprometidos y como discípulos de Jesús, compartimos la Buena Noticia del amor de Dios, que se encuentra en las Sagradas Escrituras y en los sacramentos. La misión de todo fiel católico bautizado es la de dar a conocer a Jesús a todos.

Para realizarlo, la Iglesia nos llama a la conversión, a una nueva manera de encontrar a Dios y de creer en El, y de compartir la Buena Noticia con los demás. Para vivir esta experiencia de conversión y seguir un nuevo camino para encontrar a Dios, debemos dejar nuestra propia comodidad y escuchar al Señor cuando nos habla en lo profundo de nuestro corazón. Como miembros de la Familia vicenciana, ¿cómo podemos responder a esta llamada a la conversión y a la nueva evangelización? El carisma que san Vicente de Paúl compartía con santa Luisa de Marillac, que continuó con el beato Federico Ozanam, y con otros muchos en la tradición vicenciana, consistía en cuidar de los pobres y desfavorecidos. Pero también comprendía el “cuidado de las almas”, aspecto esencial de la misión.

En la vocación vicenciana, la misión y la caridad son inseparables. Las obras de misericordia corporales y espirituales y el servicio van siempre unidos. Estas consignas dirigidas a las Hijas de la Caridad en su servicio de los pobres nos hablan de “la preocupación primordial de darles a conocer a Dios, de anunciar el Evangelio y hacer presente el Reino” (Constituciones de las Hijas de la Caridad, 10 a). El beato Federico Ozanam subrayó que, en la Sociedad, la ayuda material no era el único aspecto del servicio de los pobres. Más bien recordaba a los miembros de las Conferencias que su espiritualidad y su testimonio

cristiano, lleno de la ternura del amor de Dios, ayudaban a muchos alejados a volver a la fe, y eran un medio de evangelización de numerosos no cristianos. Hacer más sólida y profunda nuestra relación con Dios y ayudar a los otros a encontrar a Cristo, es una virtud esencial de nuestra espiritualidad vicenciana. Es la fe en hechos.

En nuestra vida diaria tenemos que hacer frente a numerosos desafíos. Pero ahora es el momento favorable para anunciar la Buena Noticia de la salvación en Jesucristo. Aunque vivamos en un entorno a menudo indiferente a la religión, la gente todavía tiene verdadera sed de valores trascendentes. Hay hambre de Dios en el mismo pueblo de Dios, sobre todo cuando éste aspira a una nueva manera de vivir que difiere de las normas dominantes de la sociedad. Podríamos adoptar la manera de vivir de la gente en este entorno de indiferencia religiosa, y habituarnos a aceptar la poca importancia que se concede a las cuestiones esenciales de la fe y del sentido de la vida en este mundo.

Pero, ¿somos conscientes de la realidad de lo que ocurre cuando la gente olvida a Dios? Muy a menudo es revelador de una verdadera pobreza espiritual y material. San Vicente estuvo profundamente impresionado por la situación en la que se encontraban las personas de su tiempo: las que vivían en la miseria y en la ignorancia y que no sabían nada de Dios, ni de su amor. Por esto, san Vicente dijo con fuerza y convicción: “Es cierto que yo he sido enviado, no sólo para amar a Dios, sino para hacerlo amar. No me basta con amar a Dios, si no lo ama mi prójimo”. (SV, Conferencia del 30 de mayo de 1659, Coste XI-4, p. 552)

Si tuviésemos tan solo un poco de este amor, ¿apartaríamos los ojos y nos quedaríamos con los brazos cruzados? ¡Nunca! La caridad no puede estar ociosa. La caridad nos impulsa a hacer todo lo que podamos para aportar consuelo y salvación a los que sufren. Nuestra vocación de vicencianos consiste en enardecer el corazón de los demás: hacer lo que el mismo Hijo de Dios hizo. Vino a traer el fuego al mundo, a encenderlo con su amor. ¡Qué otra cosa podemos esperar para nosotros mismos, sino solo arder de amor por el Señor y ser consumidos por este amor!

Como miembros de la Familia vicenciana, estamos llamados a ser agentes de la evangelización ofreciendo un servicio lleno de amor. La caridad es el valor principal de la vida, y el desafío de la comunidad cristiana consiste en hacerla activa en el mundo actual. Nunca debemos separar ni oponer la relación intrínseca entre la fe y la caridad. Somos discípulos de Jesús cuando extendemos el amor de Dios, y cuando nos comprometemos a participar plenamente en la vida y en la misión de la Iglesia. ¡El amor de Cristo nos ha conquistado! Por consiguiente, bajo el poder de este amor, estamos totalmente abiertos para amar concretamente a nuestro prójimo. Aquí podemos recordar la divisa de las Hijas de la Caridad cuyas palabras provienen de la Escritura: “*El amor de Cristo crucificado nos apremia*” (cf. 2ª Co 5, 14).

La fe nos permite reconocer los dones que nuestro Dios, bueno y generoso, nos ha confiado. La caridad los hace fecundos. Por la fe, entramos en amistad con el Señor. Por la virtud de la caridad, esta amistad es cultivada y puesta en práctica. La relación entre la fe y la caridad es ensalzada en esta unión íntima entre ellas. Esto es lo que significa hacer efectivo el Evangelio en la vida de la gente. La encíclica *Lumen Fidei* habla de las repercusiones de la fe en el mundo, diciéndonos que “*la luz de la fe se pone al servicio concreto de la justicia, del derecho y de la paz*” (LF, 2013, 51). La Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* habla del servicio de la caridad como un elemento constitutivo de la misión de la Iglesia, que refleja la esencia de quiénes somos como Iglesia.

Como la Iglesia es misionera por naturaleza, también está unida de modo indisoluble a la virtud de la caridad, principalmente prodigando una caridad efectiva a nuestro prójimo. Cuando aceptamos el desafío de la misión impregnada de la caridad de Cristo, podemos identificarnos con las personas que viven en la pobreza y servirles. Nuestros corazones vicencianos aceptan con gozo la llamada de *Evangelii Gaudium*, a ser instrumentos de Dios para la liberación y la promoción de los pobres, para permitirles alcanzar una promoción integral en la sociedad (EG, 2013, 182). Debemos ser dóciles, estar atentos, escuchar el clamor de los pobres, dispuestos a correr en su ayuda. Lo hacemos dejando nuestra propia comodidad, yendo a la periferia y a los márgenes para encontrar a las personas que viven en la pobreza.

Salimos de nosotros mismos para ir hacia los pobres a toda prisa, animados por el amor de Dios. En el cuarto capítulo de *Evangelii Gaudium*, encontramos numerosas ideas que están en consonancia con nuestro carisma. Las palabras de este capítulo parecen describir la vida y las acciones de san Vicente y de santa Luisa, y de todos los santos y beatos. Veamos un ejemplo de lo que nos dice este capítulo cuarto: los pobres son los preferidos de Dios; los pobres ocupan un lugar privilegiado en la Iglesia; y los pobres son nuestros evangelizadores. ¡Si estas ideas que provienen de *Evangelii Gaudium* les parecen familiares, no es nada extraño!

La nueva evangelización es una iniciativa para ayudarnos a reconocer la fuerza salvífica que las personas que viven en la pobreza, poseen en Cristo, y a situarlas en el centro de la Iglesia. Descubrimos a Cristo en los pobres; defendemos sus causas; somos sus servidores; los escuchamos; y nos invitan a meditar en la sabiduría misteriosa de Dios, que a menudo se revela a nosotros por sus mismas vidas.

En el contexto de los sufrimientos y de las luchas que las familias soportan hoy, la nueva evangelización puede responder a una necesidad urgente, como lo muestra el documento preparatorio sobre la pastoral familiar publicado para la tercera asamblea general extraordinaria del Sínodo de los obispos. La doctrina de la Iglesia sobre el matrimonio debe presentarse de manera clara y comprensible para que llegue al corazón de muchos y transforme sus vidas, según la voluntad de Dios manifestada en Jesucristo. Otros documentos de la Iglesia evocan las necesidades pastorales de la familia como una dimensión esencial de la evangelización. Es una llamada a renovar nuestra comprensión del sacramento del matrimonio y de la vocación cristiana de las personas casadas y a consolidar la familia para el bien de la Iglesia y de la sociedad. Como miembros de la Familia vicenciana, deberíamos preguntarnos lo que podríamos hacer para evangelizar a las familias a las que servimos y a aquellas con las que entraremos en contacto.

Me refiero a las familias que encontramos en nuestras parroquias, escuelas, servicios sociales y en numerosos otras actividades en las que colaboramos como Familia vicenciana, para servir a las personas que viven en la pobreza. La familia constituye, sin ninguna duda, un campo inmenso para la misión. Numerosas familias a las que servimos hoy, necesitan protección y sufren muchas calamidades. A menudo están amenazadas, incluso a veces de muerte. Como Familia vicenciana, podemos y debemos progresar para establecer unas "Líneas de acción" que den impulso al trabajo pastoral con las familias, y principalmente, con aquellas que viven en la pobreza.

Con toda la Familia vicenciana, roguemos, para que la Iglesia busque métodos pastorales que ayuden a las familias a hacer frente a sus realidades a la luz de la fe, y con la fuerza que viene del Evangelio. Cuando celebramos la fiesta de san Vicente de Paul nos proponemos dedicar este año a la nueva evangelización. Necesitamos respuestas creativas para poner de relieve los desafíos que representan la nueva evangelización y una conversión personal y comunitaria para responder a las necesidades pastorales de la familia, sobre todo de las personas que viven en la periferia de nuestra sociedad.

Su hermano en san Vicente

Padre Gregory GAY, c.m.
Superior general

PADRE P. GRIFFIN, CM

“Enviadas en misión”

Después de nuestra reflexión sobre “un nuevo impulso misionero”, quiero subrayar una orientación diferente. La carta del 2 de febrero de 2014 de Sor Evelyne es interpeladora y en cierto modo, como la Exhortación apostólica del Papa Francisco, nos incomoda. Nos da el tono:

“Este año, deseo reflexionar con ustedes sobre el espíritu misionero de la Compañía, relacionándolo con el cuarto tema de nuestro Documento Inter-Asambleas: “Ahondar en nuestra pertenencia a la Compañía y hacernos responsables de la ‘Compañía del futuro’ (cf. C. 59)”. Veámoslo en el contexto del mandato misionero que Jesús dio a su Iglesia y de la tradición misionera de la Compañía” (p. 2).

La fuerza de su presentación se apoya en la Exhortación apostólica del Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, y en las enseñanzas de nuestros fundadores: la Compañía es misionera.

Cuando una Hermana cambia de servicio o de comunidad, decimos que es “enviada en misión”, y no simplemente que tiene “su cambio”. Hay una diferencia considerable entre estos términos que afectan a la naturaleza de nuestro carisma, de nuestro servicio de los pobres y de la finalidad de nuestros votos. Examinar la naturaleza de la “misión”, es meditar sobre la de nuestra llamada.

En su Exhortación apostólica, el Papa Francisco recuerda nuestra vocación misionera y la manera como está centrada en el mensaje del Evangelio y en la persona de Jesús:

“En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. Mt 28,19). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador... Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos « discípulos » y « misioneros », sino que somos siempre « discípulos misioneros ». ¿A qué esperamos nosotros?” (EG 120).

El Papa Francisco llama particularmente nuestra atención hacia los pobres. ¡Es muy vicenciano!

“Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del sensus fidei, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos. » (EG 198).

La Congregación de la Misión también ha escogido para el tema de su Asamblea general 2016, la idea de la misión y del envío: *“Dejémonos renovar por la vitalidad misionera de nuestra vocación vicenciana”* y en segundo plano, la frase del profeta Jeremías: *“Irás adonde yo te envíe” (Jr 1, 7).*

En primer lugar, estemos atentos a la manera cómo envía Jesús a sus discípulos en misión:

“Después de esto, designó el Señor a otros 72, y los mandó delante de él, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir él.” (Lc 10, 1 ; cf. Mc 6, 7)

El Señor envía los discípulos de dos en dos. Se podría valorar que se les unirían más personas si hubieran sido enviados individualmente, pero la importancia de la comunidad prevalece sobre esta posibilidad. Entre dos, los nuevos discípulos pueden animarse, influirse mutuamente, rezar juntos.

Nosotras también estamos llamadas a vivir y servir en comunidad para mutuamente interpelarnos, ayudarnos a vivir en fidelidad y responder con más eficacia en la misión. Cuando una está enferma, la otra

puede cuidarla; cuando una es feliz, la otra puede compartir su alegría; cuando una se desorienta, la otra puede ayudarla a encontrar de nuevo su camino.

La Comunidad siempre ha sido importante para nuestra vida y nuestro carisma. Las Constituciones lo recuerdan:

“Con sencillez y humildad, las Hermanas se ayudan a avanzar juntas en su caminar hacia el Señor. Su voluntad de conversión se expresa a través de las revisiones comunitarias regulares, la caridad espiritual y la corrección fraterna vividas en un clima de verdad y de caridad.” (C. 32b).

Escogemos vivir juntas para ayudarnos, para libremente llegar a ser lo que debemos ser y responder por medio del servicio y la compasión con los más pobres. En la visión de santa Luisa, tanto el “yendo” como el “viniendo” tienen su importancia.

Examinemos algunos elementos de la misión para comprender mejor nuestra situación presente. He dudado en buscar algunos consejos de san Pablo, el gran misionero de la Iglesia primitiva, pero finalmente he escogido estudiar el discurso de Jesús sobre la misión en el Evangelio de Mateo.

Como saben, Mateo estructuró su Evangelio alrededor de los cinco grandes discursos de Jesús – inspirándose tal vez en los cinco libros de la Torah. El segundo discurso es el de la misión: Jesús habla del envío de los discípulos y de la naturaleza de su envío en misión.

1 – SER ENVIADAS

“A estos doce los envió Jesús, con estas instrucciones...” (Mt 10, 5)

La naturaleza del misionero es la de ser enviado. Jesús se consideraba como el instrumento del Padre: *“En verdad, en verdad os digo: el que recibe a quien yo envíe me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me ha enviado.”* (Jn 13, 20; cf. Mc 9, 37; Mt 10, 40; Lc 10, 16). Siendo enviado, Jesús considera que ha cumplido la misión confiada y comparte esta misión con sus discípulos, a los que envía en misión (Mt 10, 5; Mc 6, 7; Lc 9, 2; 10, 1). Aceptar la misión implica confiar en quien envía y en el mensaje que debe anunciar.

“El Señor me contestó:... pues irás adonde yo te envíe y dirás lo que yo te ordene.” (Jr 1, 7).

Varios elementos ponen de relieve la idea de “ser enviado”. El primero de entre ellos es la obediencia. Una Hermana escoge seguir la dirección y las orientaciones dadas por quien la envía en misión. Reconoce a la vez, la autoridad de la Hermana que la envía y su responsabilidad para cumplir la tarea confiada. Los profetas conocían esta llamada:

“Entonces escuché la voz del Señor, que decía: «¿A quién enviaré? ¿Y quién irá por nosotros?» Contesté: «Aquí estoy, mándame.» El me dijo: «Ve y di a esa gente:...” (Is 6, 8-9).

La disponibilidad para responder en obediencia es primordial. No abandonamos la libertad sino que se escoge ir allí donde se nos envía y hacer lo que se nos pide. La Hermana enviada no conoce todas las razones, no dispone de todas las piezas del puzle, pero se fía de la persona que lo envía y le confía la tarea. Hay que subrayar la necesidad de la confianza y de la apertura para comprometerse en un servicio común, la obediencia determina la respuesta de la persona enviada en misión.

2 - PROCLAMAR EL REINO DE DIOS

“A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones... Id y proclamad que ha llegado el Reino de los Cielos. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios. Gratis habéis recibido, dad gratis.” (Mt 10, 5. 7-8)

Para los doce, se trata de llevar el mensaje del Reino de Dios, del reino de Dios, de la curación, de la vida en la comunidad humana. Esto supone para el misionero, aceptar la voluntad de Dios, expulsar los demonios de todo tipo: envidia, violencia, prejuicios, etc... La lepra del orgullo, del egoísmo, de la indiferencia debe ser curada, los moribundos de nuestro mundo de hoy deben ser llevados a la vida, a la justicia, a la misericordia.

En el centro de esta proclamación del Reino, se encuentra la persona de Jesús, sus palabras, sus hechos. Su amor y su misericordia debe estar en el centro mismo del mensaje. Nuestras vidas deben ser una proclamación del Evangelio. Podemos imaginar que los discípulos enviados en misión, intentaban imitar a Jesús, hablaban de lo que vivían con él, animaban a la práctica de la caridad y del perdón, reproduciendo tal vez algunos signos de Jesús. Llamando a las gentes a la conversión, expulsaron demonios y ungían a los enfermos.

La vida consagrada es una prefiguración del Reino de los cielos, da testimonio de la presencia de Dios y del amor que nos une en la fidelidad al servicio y al culto, proclama el Reino de Dios aquí y ahora. Cuando somos enviadas en misión, esta verdad define nuestro mensaje.

3 – ASUMIR LA MISIÓN SIN SOBRECARGAR

“A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones... No os procuréis en la faja oro, plata, ni cobre; ni tampoco alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; bien merece el obrero su sustento.” (Mt 10, 5. 9-10)

La persona enviada en misión debe marchar sin llenarse de todo lo que habitualmente llevamos para un viaje: dinero, ropa, bastón. Esta renuncia pone de relieve el espíritu de pobreza, su capacidad para desplazarse fácilmente, la necesidad de depender de las personas con las que vive. Todo esto tiene relación con la naturaleza de nuestra misión.

Debemos identificarnos con los pobres a los que servimos, vivir con sencillez de vida, evitar todo consumismo. Otros elementos pueden también sobrecargarnos: los prejuicios, la cólera... No debemos llevarlos con nosotros. Del mismo modo, nuestra dificultad por aceptar una decisión y nuestra aversión para ir a algunas comunidades no deben pesar sobre nuestro envío en misión. Permítanme nombrar algunas realidades que son verdaderos fardos:

Cuando las Hermanas dejan una obra que tenían desde san Vicente y santa Luisa, sentimos tristeza. Pero, ¿debemos estar tristes? ¿No debemos preguntarnos si hay otros pobres que nos necesitan en otra parte? En nuestro entorno puede haber opiniones diferentes, pero nosotros debemos hacernos esta pregunta. Además, debemos acostumbrarnos a no lamentarnos del pasado.

Cuando una Hermana ha servido durante 25 años en un mismo servicio y es enviada en misión para compartir sus dones en otro lugar, a veces ocurre que la gente escribe a los Superiores para protestar contra este cambio. Lo importante no es que las personas se encariñen con la Hermana, sino que amen el Evangelio y nuestro carisma, que se acerquen a Dios. Debemos permanecer disponibles y móviles en obediencia.

Cuando una Hermana deja su servicio, a veces ocurre que todo se hunde detrás de ella. ¿Ha sostenido suficientemente a las personas, invitándolas a asumir la responsabilidad de este servicio? A ejemplo de san Vicente y de santa Luisa, que supieron suscitar los dones en las personas y en las comunidades, es preciso igualmente responsabilizar a los demás.

Lo que importa es confiar en la Providencia y en las personas que pueden ayudarnos económicamente para permitirnos estar en casas sencillas, situadas en la zona de nuestros servicios.

4 – DEPENDER DE LA BONDAD DE LA GENTE

“A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones... Cuando entréis en una ciudad o aldea, averiguad quién hay allí de confianza y quedaos en su casa hasta que os vayáis. Al entrar en una casa,

saludadla con la paz; si la casa se lo merece, vuestra paz vendrá a ella. Si no se lo merece, la paz volverá a vosotros.” (Mt 10, 5. 11-13)

Estemos seguros de que los seres humanos son fundamentalmente buenos. Desde el principio de la creación, Dios reconoció nuestra bondad y la de los que nos rodean. Debemos estar seguros de ellos y aprender a depender de los demás. Esta forma de confianza construye relaciones sólidas. Debemos ver a Cristo en las personas a las que servimos y en las que sirven con nosotros. Es una actitud muy vicenciana.

En nuestros servicios, dependemos de la bondad de la gente. El consejo evangélico de no sobrecargarnos con demasiadas cosas, lleva a las personas a sostenernos con su generosidad y a participar en la misión. Es esta una bendición tanto para ellas como para nosotras. Con estos colaboradores llenos de bondad, tenemos la gracia de ayudar a los demás y participar en su promoción.

San Vicente nos enseñó también a que dependamos de la bondad de los pobres:

“Vivimos del patrimonio de Jesucristo, del sudor de los pobres. Al ir al refectorio deberíamos pensar: « ¿Me he ganado el alimento que voy a tomar?». Con frecuencia pienso en esto, lleno de confusión: «Miserable, ¿te has ganado el pan que vas a comer, ese pan que te viene del trabajo de los pobres?». Al menos, si no lo ganamos como ellos, recemos por sus necesidades. Las bestias reconocen a quienes las alimentan. Los pobres nos alimentan, recemos a Dios por ellos; que no pase un solo día sin ofrecérselos al Señor, para que quiera concederles la gracia de aprovechar debidamente sus sufrimientos.» (SVDP, Conferencia 125, Repetición de la oración del 24 de julio de 1655, SV XI-3, p 120)

Por eso una de las responsabilidades de la vida consagrada, es la de recordar a las personas que nos apoyan y a las que servimos.

Jesús nos invita también a la sencillez, sabiendo satisfacernos con lo que tenemos y con el lugar en el que nos encontramos: *“Cuando entréis en una ciudad o aldea, averiguad quién hay allí de confianza y quedaos en su casa hasta que os vayáis.”* Debemos reconocer sencillamente los dones que hemos recibido y utilizarlos lo mejor posible, sin desear más que lo que el Señor ha puesto en nuestras manos.

Esta disposición para entrar en una casa y para vivir en ella en paz, sugiere la alegría de la misión. Esta actitud la encontramos al comienzo de *Evangelii Gaudium*: *“La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. En esta Exhortación quiero dirigirme a los fieles cristianos para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría, e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años...”*

“La propuesta es vivir en un nivel superior, pero no con menor intensidad: « La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás ». Cuando la Iglesia convoca a la tarea evangelizadora, no hace más que indicar a los cristianos el verdadero dinamismo de la realización personal: « Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión ». Por consiguiente, un evangelizador no debería tener permanentemente cara de funeral. Recobremos y acrecentemos el fervor, « la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas [...] Y ojalá el mundo actual —que busca a veces con angustia, a veces con esperanza— pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo”. (EG 1, 10)

5 - SER PRUDENTES Y SENCILLOS

“A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones... Mirad que yo os envío como ovejas entre lobos; por eso sed sagaces como serpientes, y sencillos como palomas.” (Mt 10, 5, 16)

Este versículo del Evangelio nos presenta una lista de animales: ovejas, lobos, serpientes, palomas. Dos de estos animales se nos presentan especialmente como modelos de comportamiento cuando somos enviados en misión: ser prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas. Los dos son importantes para nuestra manera de vivir y servir.

* La prudencia de las serpientes.

Desde el punto de vista bíblico, la serpiente está generalmente asociada al jardín del Edén y a la tentación de los primeros hombres: *“La serpiente era más astuta que las demás bestias del campo que el Señor había hecho.”* (Gn 3, 1). Dado el resultado de la intervención de la serpiente, habitualmente no pensamos en la astucia como en una característica admirable. Pero Dios, nos ha creado con un espíritu bueno, dotados de inteligencia y libertad, que nos permiten tomar buenas decisiones para nuestra manera de vivir y poner a disposición los dones recibidos. Dios, igualmente nos invita a contemplar los problemas del mundo en el que vivimos para buscar soluciones, medios para utilizar los recursos con miras a mejorar el destino de la familia humana. La prudencia, que caracteriza a la serpiente, puede ser buena consejera y una herramienta preciosa para nuestro servicio.

* La sencillez de las palomas.

La sencillez de los niños nos atrae a veces y otras veces nos desconcierta por la manera como se expresan sin preocuparse de las consecuencias. La sencillez es una virtud por la que san Vicente tenía un particular afecto –diciendo la « que más aprecio » (SV I, 310) – y describiéndola como el hecho de “decir la verdad” (Reglas Comunes, II, 4). Luisa es muy convincente cuando habla de esta virtud a las Hijas de la Caridad.

“La seguridad que tengo de su amor y firmeza por su vocación, hace que le diga con toda franqueza cuanto se me ocurre, y que dé todos los avisos que creo debo dar y que preveo han de ser provechosos a aquellas de las que pienso quiere Dios servirse para hacer subsistir a la Compañía en el espíritu de sencillez y humildad de Jesucristo. Si no la conociera a usted bien y no estuviera segura de que recibe con agrado lo que le digo, me guardaría mucho de comportarme así con usted.” (Correspondencia y Escritos, p. 713-714, C.713 del 30 de diciembre de 1659, « A mi querida Sor Carcireux »).

Hablar y actuar sin rodeos, sin artificios ni deseos de hacer pensar a los demás que somos más de lo que somos, es un trazo característico de una Hija de la Caridad, esta virtud la mantiene cercana al Señor. Comprende así el valor cuando alguien le habla con sencillez.

San Vicente estimaba tanto la sencillez como la prudencia: *“Pero Cristo, aunque nos recomienda la sencillez de la paloma, nos manda tener también la prudencia de la serpiente. Esta virtud nos lleva a hablar y obrar con discreción”* (Reglas comunes de la Congregación de la Misión, II, 5)

Resumamos los consejos de Jesús cuando somos enviadas en misión: estar gozosos, creer y buscar los dones que Dios nos reserva, estar atentas en lo que escogemos, ser sencillos en nuestras necesidades y expresiones, confiar en que Dios nos ama y estar dispuestas a depender de su presencia –todo ello nos lleva a la acción. Estas virtudes nos permiten responder al Señor con una sincera y verdadera devoción.

6 – SER PROFÉTICOS Y DEPENDER DEL ESPÍRITU SANTO

“A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones... ¡Cuidado con la gente!, porque os entregarán a los tribunales, os azotarán en las sinagogas;... Cuando os entreguen, no os preocupéis de lo que vais a decir o de cómo lo diréis: en aquel momento se os sugerirá lo que tenéis que decir, porque no seréis vosotros los que habléis, sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros... Y seréis odiados por todos a causa de mi nombre; pero el que persevere hasta el final, se salvará.” (Mt 10, 5. 17. 19-20. 22).

Trabajar en la periferia nos obliga a salir de nuestra comodidad. Si somos profetas y denunciemos la opresión, la injusticia, la ambición, nos arriesgamos al rechazo y a la persecución:

“La dignidad de la persona humana y el bien común están por encima de la tranquilidad de algunos que no quieren renunciar a sus privilegios. Cuando estos valores se ven afectados, es necesaria una voz profética.” (EG 218).

Preguntémonos: ¿somos proféticos? ¿Hemos atenuado el vigor de la Palabra de Dios? ¿Vivimos los compromisos hasta el punto de no molestar a nadie?

El Evangelio nos guía hacia la dependencia en el Espíritu Santo y la confianza en Dios.

“Cuando os entreguen, no os preocupéis de lo que vais a decir o de cómo lo diréis: en aquel momento se os sugerirá lo que tenéis que decir, porque no seréis vosotros los que habléis, sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros”.

Tanto san Vicente como santa Luisa tenían el profundo sentimiento de depender del Señor, lo que se expresaba por su confianza en la Providencia. A menudo lo evocaban e invitaban a las primeras Hermanas a dejarse conducir por ella. Esto era una parte esencial de su espiritualidad. Ellos creían que Dios guiaba a la Compañía, y lo que pedía era someterse a la Providencia por la acción del Espíritu Santo. A menudo, ellos mismos no sabían lo que debían hacer, ni de qué lado encontrar ayudas, pero creían que Dios tenía un designio y adoraban su voluntad. Sin saber cómo podían solucionarse las cosas, ¡se abandonaban en el Espíritu Santo!

“¿Quién hubiera creído que iba a haber Hijas de la Caridad?... Era Dios el que lo pensaba por vosotras.” (SV IX-1, p. 120, conferencia del 14 de junio de 1643).

El Espíritu Santo estaba presente y daba frutos: los pobres estaban alimentados, vestidos; los niños abandonados eran atendidos en las casas; los heridos estaban cuidados, curados; los olvidados eran reconocidos y valorados. Esta dependencia de Dios, conducía a la profundización del carisma. *“Dejémosnos transformar por el Espíritu, fuente de profecía y esperanza”* como lo recuerda el Documento Inter-Asambleas.

7 - IMITAR A JESÚS

“A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones... Un discípulo no es más que su maestro, ni un esclavo más que su amo; ya le basta al discípulo con ser como su maestro y al esclavo como su amo.” (Mt 10, 5. 24-25)

Jesús invita a sus discípulos a asociar sus vidas a la suya. Del mismo modo que les enseñó con palabras y con hechos, ellos deben hacer lo mismo. Su dulzura, su perdón, su determinación, su compromiso, su espiritualidad deben guiarles. En la última Cena, les lava los pies y les explica que el servidor debe ser como el maestro.

Podemos también oír a Jesús invitarnos a conformar nuestras vidas con las virtudes y las prácticas de nuestros fundadores. Es un maravilloso estímulo para nosotras. Mirar a san Vicente y santa Luisa, contemplar su forma de responder al Evangelio, de servir a Dios, de ser misioneras en sus proyectos y en sus acciones, es una gracia que nos ofrece numerosos consejos.

Tomando ejemplo, seremos más eficaces y más fieles en nuestros servicios.

8 – HABLAR CON AUDACIA Y CONOCER NUESTRO VALOR

“A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones... Lo que os digo en la oscuridad, decidlo a la luz, y lo que os digo al oído, pregonadlo desde la azotea. No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. No; temed al que puede llevar a la perdición el alma y cuerpo a la gehenna ¿No se venden un par de gorriones por un céntimo? Y sin embargo ni uno solo cae al suelo sin que lo disponga

vuestro Padre. Pues vosotros, hasta los cabellos de la cabeza tenéis contados. Por eso no tengáis miedo: valéis más vosotros que muchos gorriones.” (Mt 10, 5. 27-31)

Escuchemos el dinamismo de esta enseñanza. Nos recuerda que el mensaje cristiano no es para privilegiados, ni para los que tienen un acceso especial a la sabiduría o a los consejos. Este mensaje es para todos y debe ser proclamado a todos sin particular consideración:

“Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo a la luz, y lo que os digo al oído, pregonadlo desde la azotea.” (Mt 10, 27).

Los niños comprenden el centro del mensaje cristiano como si fuesen grandes teólogos. Lo que Cristo ha ofrecido, debe ser compartido en todos los medios y culturas. El Evangelio está destinado a todos y a la salvación de todos. Es la energía con la que somos enviados en misión.

Este pasaje del Evangelio nos recuerda la importancia de cada persona que es hija de Dios y tiene un valor incalculable.

“Hasta los cabellos de la cabeza tenéis contados. Por eso no tengáis miedo: valéis más vosotros que muchos gorriones.”

Cuando llegamos a comprender lo mucho que valemos a los ojos de Dios, tomamos más conciencia de la importancia de cada ser humano en el diseño de Dios. Es una maravillosa verdad. Nos sentimos animados a amarnos, a amar a las Hermanas con las que vivimos en comunidad y a los pobres a los que estamos llamadas a servir. Reconocer la importancia de cada persona nos estimula a un servicio más profundo y respetuoso. El Papa Juan Pablo II decía: “cuando Dios da el don de la vida, es para siempre”. Toda persona humana tiene la eternidad ante ella, por eso es tan importante enseñarle cómo vivir para entrar para siempre en el Reino de Dios; es el regalo más maravilloso que podemos ofrecer a los demás, por eso no podemos dejar de cumplir nuestra misión.

9 – PORTADORAS DE DESAFÍO Y DECISIÓN.

“A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones... No penséis que he venido a la tierra a traer paz: no he venido a sembrar paz, sino espada... El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí, y el que no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que encuentre su vida, la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará.” (Mt 10, 5. 34. 37-39).

¡Esta parte de la enseñanza de Jesús hace daño a los oídos! Ya hay bastantes guerras, violencias, divisiones. No es necesario que Jesús aporte más. ¡Lo que necesitamos es Paz! Sin embargo, Jesús dice que ha venido a traer la espada. En este contexto, la espada es el símbolo de la decisión y de la opción sugerida por su capacidad de dividir y separar. Los que optan por Cristo deben tomar la firme decisión, exclusiva, sin concesión, de escogerle.

Cuidar de su familia, aparece como el amor humano más elevado y más estricto, convirtiéndose en la medida de toda relación humana. Y sin embargo, la invitación del Señor a pertenecerle de manera privilegiada es más fuerte y omnipresente. Los lazos familiares, por muy íntimos que sean, no pueden ser más fuertes que nuestro compromiso con el Señor. San Vicente comparte el mismo punto de vista de manera aún más expresiva:

“Dios tiene tantos deseos de que realicéis y sigáis la vocación a la que os ha llamado que, según dice un gran santo, si vuestro padre y vuestra madre, para impedirlo, se pusiesen a través de la puerta que tenéis que franquear, deberíais pasar por encima de ellos.” (SV IX-1, p. 44, conferencia del 2 Agosto de 1640 « Sobre la fidelidad al levantarse y a la oración »).

Así, cuando aceptamos la misión, tratamos de llevarla a cabo con todo nuestro ser y para siempre. Es una opción que tomamos libremente, pero una vez tomada, nos obliga a cumplirla de manera efectiva. Santa Luisa ofrece estos consejos:

“Admiro la obra de la divina Providencia en usted, querida hermana, la que me hace creer que su Amor quiere que usted le ame única y enteramente, desinteresada para no tener ya otra satisfacción ni otro interés que los de Dios y del prójimo.” (Santa Luisa de Marillac, *Correspondencia y Escritos* p. 467, C. 502).

Recordemos la oración de San Vicente: *“¡Oh, Dios mío! Nos entregamos totalmente a Ti; concédenos la gracia de vivir y morir en la perfecta observancia de una verdadera pobreza. ... de vivir y morir castamente... de vivir en una perfecta observancia de la obediencia. Nos entregamos también a Ti, Dios mío, para honrar y servir toda nuestra vida a nuestros señores los pobres.”* (SV IX-1, p. 43, conferencia del 19 de julio de 1640, « Sobre la vocación de Hija de la Caridad »).

CONCLUSION

Estos son los nueve puntos que entresacamos de este discurso misionero de Jesús. No hemos abordado todas las enseñanzas de Jesús, ni aportado una reflexión exhaustiva en cada uno de los puntos examinados. Podemos contemplar muchos aspectos de nuestra vocación misionera. El Evangelio, nuestras Constituciones, la exhortación apostólica del Papa Francisco, la carta de Sor Evelyne, el tema de nuestra Asamblea general, todo nos invita a meditar en la importancia de “ser enviadas” ...¿A quién? ¿Por quién? ¿Para hacer qué?

Terminemos con esta frase de Sor Evelyne: *“Somos Hijas de la Caridad, enviadas en misión permanentemente a lo largo de nuestra vida. Dejémonos evangelizar por los pobres.”*(Carta del 2 de febrero de 2014, p. 8).

Padre Patrick GRIFFIN, cm

SOR A. PRÉVOST, HC

Intervención durante la
Sesión de Hermanas de 25-40 años de vocación

I – En la escuela de María Inmaculada, Sierva y Madre

INTRODUCCIÓN

Una de las 7 últimas palabras de Jesús en la Cruz que forman parte de su testamento espiritual, es: **“Ahí tienes a tu madre”**, una palabra extraordinaria que Jesús dice al discípulo amado, es decir a la Iglesia. Jesús confía la Iglesia a su madre y su madre a la Iglesia y el uno para el otro, ya no existirán más uno sin el otro. María no es, por lo tanto, alguien aparte, está en la Iglesia y no hay Iglesia sin María. No nos preguntemos si Dios lo hubiera podido hacer de otro modo. La teología no es una invención sobre posibilidades, sino que trata de comprender lo que Dios ha hecho, tal como lo ha hecho y como lo ha hecho. Por eso necesitamos del Espíritu Santo para comprender el misterio de María.

En su testamento espiritual, santa Luisa da una última recomendación: **«Pidan mucho a la Santísima Virgen que ella sea su única Madre»**. Como Juan, el discípulo amado, nuestros Fundadores tuvieron con María una relación viva. Santa Luisa veía en la Virgen María lo que es una Hija de la Caridad realizada. Así, enseñará a las primeras Hermanas a tener igualmente una relación filial con María (cf. C. 52c, 2º punto), a acogerla realmente en su casa y en su corazón.

Sabemos que los Fundadores, al contemplar el misterio del Hijo de Dios hecho hombre, subrayaron 3 rasgos particulares de Cristo: *adorador del Padre, servidor de su designio de amor y evangelizador de los pobres* (C. 8a). Podemos decir también que los Fundadores reconocieron en la persona de María, las mismas características. La C. 15 b dice así: *“Los Fundadores inculcaron a las Hijas de la Caridad el amor y la imitación de la Virgen, y las invitan a contemplar en ella a: la Inmaculada, la sierva y la Madre de Dios”*.

* Como Cristo adorador del Padre, **María Inmaculada**, *totalmente abierta al Espíritu* es la única criatura humana que es totalmente *“adoradora del Padre por excelencia”*.

* Como Cristo servidor de los designios de amor de Padre, **María** es la única criatura humana que es enteramente *“sierva de los designios del Padre”*, es la mujer cuya voluntad está por entero dirigida a la voluntad de Dios, a su designio de amor sobre la humanidad.

* Como Cristo evangelizador de los pobres, **la Madre de Dios** es también la Madre de los hombres, la esperanza de los pequeños, *“la primera evangelizadora de los pobres”*.

En esta primera intervención, veremos estos tres rasgos de la persona de la Virgen María, contempladas por nuestros Fundadores. Si contemplamos a María, es porque ella nos conduce a Jesús, y nos lo permite encontrar. En ella y a través suyo, podemos descubrir los secretos de Dios. Ella que es la más cercana de Dios y por eso, la más cercana a nosotros, nos permite descubrir lo que es esencial en nuestra humanidad, ella nos permite contemplar nuestro futuro.

En un segundo tiempo, recorreremos estos tres rasgos de la persona de María, a la luz de las apariciones de 1830. Y para terminar, veremos en qué y cómo la Virgen María puede ayudarnos en nuestra vida de cada día.

Lo que les propongo, es una mirada a partir de mi fe, de mis convicciones y que interpreto en función de mi experiencia. Ustedes quédense con lo que les impresione, lo que les atañe. A ustedes les corresponde aprovecharlo si lo juzgan útil. Lo importante es dejarnos trabajar por dentro, porque el misterio de la Virgen María está ahí para alimentar nuestra vida diaria.

ALGUNAS CUESTIONES REFERENTES A LA VIRGEN MARÍA

1) Hoy, oímos muchas cosas sobre el tema de María: ¿es un **ser de excepción** en nuestra humanidad? ¿Está **por encima** de la Iglesia o **por debajo** de Cristo?

Habitualmente, vemos a **Dios**, vemos a **Cristo** y...a María la vemos al lado, como una rueda de recambio que nos presta un servicio. Cuando intentamos darle un cierto lugar, se tiene la impresión de que Jesús no es todo para nosotras, ya que hay una parte reservada a María. Existe el riesgo de que veamos en María simplemente una especie de devoción que podría incluso, si fuese exagerada, llegar a ser supersticiosa...y entonces, sentimos una especie de malestar interior: “*¿Tengo derecho a estar tan unida a ella?*” y al reflexionar nos decimos: “*si exagero, es preciso que me dirija a Jesús y dejaré a María de lado*”.

Cuando yo era niña, había entendido que Jesús era más grande que María, entonces, cuando rezaba una decena del rosario, yo decía 1 *Ave María* y 10 “*Padre nuestro*”, pensando que se habían equivocado al explicármelo y para mí, era justo dar a cada uno lo que se le debía según su grandeza. Luego, ciertamente, comprendí que no se trataba de dar el 80% a uno y el 20% al otro, porque uno no excluye al otro.

2) Ocurre también que ciertas personas dicen: “*¡yo, rezo al Espíritu Santo y esto me basta, no necesito a María!*”. Claro está que cada uno tiene derecho a creer lo que siente. Sin embargo, tengo que ver lo que dice la Palabra de Dios y preguntarme quien es la referencia en mi vida: ¿es mi idea lo que siento o es la Palabra de Dios? Y cuando lo que se siente es diferente de la Palabra de Dios, el Señor nos invita a estar en obediencia a lo que no experimentamos. En lo que se refiere a la Virgen María, es **Dios quien la escogió**, es **el Espíritu Santo quien “desposó” a María**; no somos nosotros los que lo hemos decidido, es Dios. Y si sentimos otra cosa, debemos preguntarnos para saber quién es primero en nuestra vida: ¡Dios o nosotros!

3) **Dios podía arreglárselas sin la Virgen María, pero no quiso**. Dios quiso una madre para su Hijo. Y desde toda la eternidad, el Padre ve a su Hijo como el Hijo de María y le gusta reconocer en María a la “*la madre de su Hijo*”. En el acontecimiento de la Encarnación, Cristo y María están indisolublemente asociados. Es en el **corazón** de María, en el **seno** de María, en las **entrañas** de María *donde Dios y el hombre se encuentran para no hacer más que uno en Jesús*

Al comienzo de su evangelio, san Mateo precisa que los magos, al entrar en el establo, ven “*al niño y a su madre*” (Mt 2, 11) pero se prosternan ante el Niño, y no ante María, una manera de subrayar que el centro del misterio es el niño Jesús, Dios hecho hombre. Sin embargo el evangelista subraya que la madre está ahí, mientras que no menciona a José. Al escribir para judíos, Mateo, judío también, explicita que María es una criatura totalmente asociada al misterio de la Encarnación. Esta Palabra de Dios, revelada por Mateo, sitúa el lugar indispensable de María en el misterio de la Encarnación. Separar a Cristo de su madre significaría separar la divinidad de Jesús de su humanidad.

El Concilio Vaticano II resituó bien el lugar de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia. María no está en la periferia del misterio cristiano, tampoco es un escalón intermediario entre Jesús y nosotros, encuentra en el centro del misterio de Cristo y de la Iglesia. Por supuesto, el centro de nuestra fe es Jesús; todo el resto está en relación con Él. Pero *María es el camino por el que Jesús, el Hijo de Dios, ha llegado hasta nosotros*.

No hay **pues dos misterios**, el de María y el del Verbo encarnado, no hay más que **el misterio de Dios que nos da a su Hijo por María**. Y María se encuentra en la unión del misterio de la Salvación: es la que *abre la puerta a Dios*. En la persona de María, Dios ha encontrado una “puerta de entrada” para encarnarse en nuestra humanidad. Y podemos decir que los **tres rasgos de María**, contemplados por nuestros fundadores, son la puerta de entrada del misterio de la Encarnación redentora. María fue concebida inmaculada para que pudiera ser la Sierva obediente al Proyecto del Padre y para que Dios, por ella, pudiera nacer como un hijo de los hombres. El 8 de diciembre dispone al 25 de marzo y el 25 marzo conduce al 25 de diciembre. Estos tres rasgos de la Virgen María son indisociables y se articulan entre ellos.

I – MARIA INMACULADA

*“Adoradora del Padre”,
centrada en Dios
porque está descentrada de sí misma.*

INTRODUCCIÓN

Desde la creación del mundo, Dios escogió a María para ser la Madre de Dios y desde el primer instante de su concepción, la llenó de su gracia para que pudiese cumplir su vocación especial.

No imaginemos que María Inmaculada no tuvo necesidad de ser salvada; al contrario, ella es “la salvada” por excelencia. Sumergida en el perdón de Dios antes mismo de haber pecado, es la primera criatura salvada por adelantado, es la creación nueva que bebe del manantial de la Cruz, es el primer fruto del Perdón de Dios, que precede su existencia, es el fruto perfecto, la única persona que **está en el interior del misterio de la Cruz** y que **es modelada en ella**.

La Inmaculada Concepción no es pues una excepción en la universalidad de la Salvación. Sin el misterio de la Cruz, la Inmaculada Concepción es incomprensible: *“La sangre de Cristo la redime, pero ella es la fuente”* (Himno del oficio de lecturas del 8 de diciembre).

LA GRACIA DE LA INMACULADA

En el mes sexto el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea... a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. El ángel entrando en su presencia, dijo: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.” (Lc 1, 26-28).

El día de la Anunciación, el Ángel Gabriel no saluda a María por su nombre habitual, sino que le da uno nuevo: **“llena de gracia”**, nombre que expresa *su identidad en el Reino de Dios*.

1 - ¿QUÉ NOS REVELA ESTE NOMBRE “LLENA DE GRACIA”?

a) Este nombre *“Llena de Gracia”* revela en primer lugar **quién es Dios**.

Como criatura, María *“llena de gracia”* nos enseña quién es Dios. Decir *“llena de gracia”*, es decir *“llena de Dios”* ...pues, Dios reconoce **que Él llena** a María de su gracia.

A este nombre *“llena de gracia”*, está asociada otra afirmación *“el Señor está contigo”*, subrayando así la identidad de Dios que es: **“de estar con”**. “Estar con” forma parte del ser de Dios. El deseo de Dios, es pues estar con los hombres y llenarlos de su gracia. En el libro de los Proverbios (8v. 31), está escrito: *“mis delicias es estar con los hijos de los hombres”*. Dios, que es la Plenitud, encuentra su gozo, sus delicias en permanecer entre nosotros, en habitar en nosotros. Y el seno de la Virgen María es el lugar por excelencia de la morada de Dios.

En efecto, es Dios quien lo hace todo, quien da todo, María no ocupa el lugar de Dios, no añade nada a Dios, pero el Señor la escoge. No podemos imaginar este misterio de Dios, ni comprenderlo, ni sentirlo, pero Dios desea permanecer en el interior de la Virgen María y hacer en ella una morada para Él. Hemos de tomar conciencia de la mirada que Dios ha puesto sobre esta mujer, sobre la Virgen María y meditar la elección de Dios.

Así la Inmaculada Concepción nos revela que, por parte de Dios todo es **don**: Dios se da, se da gratuitamente, eternamente. Incluso allí donde es rechazado, Dios no cesa de darse; sin desanimarse por los rechazos de sus criaturas, el don de Dios se convierte entonces en Perdón y este Perdón brota permanentemente del corazón de Dios y no se deja detener por nada. María Inmaculada es el primer fruto que ha precedido su existencia; ella da testimonio de que el Perdón de Dios no es simplemente como una reforma, sino como una creación nueva.

b) El nombre “Llena de gracia” dice también quién es María.

Ya lo hemos dicho: todo lo que María es, le viene de Dios; todo lo que María es, lo es por gracia. Pero Dios que se da, no se da en el vacío, hay que **acogerlo**. Entonces, por parte de Dios, la gracia se ofrece siempre, pero lo que se le pide a la criatura es acoger. En María, se dan juntos “*Dios que se entrega*” y “*la criatura que dice sí a Dios*”. Por su sí, la Inmaculada es la que está por entero del lado de la acogida, es acogida plena del don de Dios, desde el comienzo hasta el final. Porque María está totalmente dispuesta a acoger la gracia de Dios es por lo que podemos decir de ella que es verdaderamente “adoradora del Padre”.

2 - LA GRACIA DE LA INMACULADA SE OFRECE A TODOS

Cuando miramos a María Inmaculada, tendemos a decir: “¡Ella, ella tiene suerte! Y, nosotros, ¿por qué no?” ¿Por qué ha sido escogida María? Porque Dios lo ha querido, porque Dios la ha escogido, no hay otras explicaciones. Si hubiese razones, no sería la elección de Dios, no sería el camino de Dios. Además, el Evangelio no nos dice que María buscó o pidió a Dios algo (Está claro que antes de ser concebida, no pudo hacer muchos esfuerzos). El ángel solamente le dice: “*Has encontrado gracia ante Dios*”, así pues **María encontró a Dios sin pedirle nada**. Pero, aceptó acoger la gratuidad del don y dejar hacer a Dios.

Nosotras, queremos escuchar a Dios a condición de que él nos de las razones, queremos verificar todo por nosotras mismas. Si Dios hubiese dado todas las razones a Adán y Eva, tal vez hubiesen obedecido, pero habrían obedecido a las razones, no habrían obedecido a Dios. Sin embargo, Dios no les pide más que una condición: la de fiarse de Dios. A nosotras nos resulta difícil fiarnos porque razonamos siempre según la lógica del pecado original. El pecado, la sospecha, nos encierran en nosotros mismos y reduce nuestra confianza.

PERO DIOS NO DEJA DE OFRECERNOS SU GRACIA.

María Inmaculada no es un ser de excepción, al contrario, es **la regla de existencia según Dios**, es la criatura más humana, sin ningún repliegue sobre sí misma. Somos nosotros la excepción, somos nosotros los que no dejamos hacer y no permitimos a Dios pasar a través nuestro.

Para ver que esta gracia de la Inmaculada no está reservada a seres de excepción, hay que pasar las páginas del Evangelio de san Lucas. El evangelista dice claramente que la gracia hecha a María es para todos. En efecto, en el primer capítulo del Evangelio de Lucas, la Virgen María oye la palabra “*El Señor está contigo*” y, más adelante, el capítulo 19 es especialmente evocador.

Lucas habla de un receptor de impuestos: Zaqueo. Este hombre es de pequeña talla pero también de pequeña moralidad, no está bien visto por sus vecinos, es un pecador público, está lejos de ser inmaculado tanto en su concepción, como en su profesión. Para Zaqueo, Dios está muy alto en las nubes, muy lejos, incluso muy lejos de sus hojas de impuestos: Dios no tiene nada que ver con su vida diaria. Pero Zaqueo quiere escuchar a ese predicador ambulante que pasa por su ciudad de Jericó. No quiere estar en primera fila por miedo a recibir una pedrada perdida, ni en la última porque no podría ni verle ni oírle. Así pues, encuentra el lugar ideal para ver sin ser visto: las ramas de un sicomoro. Pero lo que no esperaba es que el predicador se detuviera al pie de su árbol.

Si al pie de su árbol Zaqueo hubiera tenido, no a Jesús, sino a Juan Bautista, qué es lo que habría escuchado: “*¡Zaqueo, baja rápido, porque si no bajas, el árbol será cortado, echado al fuego y tú con él!*”. Pero al pie del árbol, no está Juan Bautista el profeta, sino el mismo Hijo de Dios que quiere encontrar a Zaqueo. Así, nuestro Dios no viene para darnos una lección desde lo alto de su tribuna, nuestro Dios está abajo, al pie del árbol, y hay que inclinarse sobre Él. Zaqueo descubre a Dios a sus pies: Dios está allí, más bajo que él. Y ¿qué dice el Hijo de Dios a este pecador de Zaqueo? Lo mismo que el Ángel Gabriel había dicho de parte de Dios a María, la toda pura: “*El Señor está contigo*”. Jesús le dice: “**hoy, vengo a tu casa**”, es decir “**¡hoy, el Señor viene a tu casa!**”. Es lo mismo. Dios se da gratuitamente, no hay condición previa. Lo que es particularmente evidente respecto a María, es también cierto para Zaqueo.

Y Zaqueo, también dice sí a Dios. Acogiendo la mirada y la palabra de Jesús, es esto lo que resulta: Zaqueo está divinizado, se convierte en amor, amor divino, ya no calcula: *“doy la mitad de mis bienes a los pobres y si he robado a alguien, le devuelvo cuatro veces más”*. No solo es una conversión moral, es una conversión al Amor.

II – MARIA SIERVA

“Sierva de los designios del Amor del Padre”

INTRODUCCION

No es porque María es inmaculada por lo que hay que imaginarla como una semi-diosa, la Virgen María es una mujer de nuestra tierra muy concreta, no hay que ponerla aparte, sino le quitaríamos toda su función. No es porque está llena de gracia desde su concepción, por lo que esté dispensada de vivir y creer. María *“Inmaculada”* es también *“la Sierva del Señor”*, la que **cree** y busca el querer del Padre.

MARIA, SIERVA

Para contemplar a María *“Sierva de los designios de amor del Padre”* es necesario en primer lugar, contemplar la fe de María. Es preciso seguirla en su camino de obediencia hasta el pie de la Cruz. La actitud de la V. María entre la Anunciación y Pentecostés es un modelo de fe. Lo que es increíble, no es en principio que haya llevado en su seno al Verbo de Dios, sino que haya creído en la Palabra de Dios, incluso si no entendía todo.

* En la boca de Dios, María es la *“llena de gracia”*, es decir, una mujer verdaderamente humana, en absoluto relegada en ella misma.

* Pero la Virgen María, ella, se proclama la *“sierva del Señor”*. Y en la boca de los hombres, María es *“la primera creyente”*, *la creyente por excelencia*. Es Isabel quien le dice esta bienaventuranza: *“Dichosa la que ha creído”*. Literalmente quiere decir: *“dichosa la creyente”*. La definición de María, como lo proclama su anciana prima, es la de ser la *creyente*, que pertenece por entero a Dios.

1 - LA FE DE MARÍA

Desde el comienzo de su vida, María vive al ritmo de la fe; su camino es como el nuestro: **un camino de fe**. Juan Pablo II emplea sencillamente esta expresión *“La primera en la peregrinación de la fe”*: María es la primera creyente, no lo es de manera cronológica, lo es de modo habitual, porque es su ser mismo, es la *“sierva del Señor”*. Pero María va todavía mucho más lejos cuando dice: *“Que se haga en mi según su palabra”*, es decir, *“que actué según su palabra”*, ella precisa lo que vive interiormente: una sierva no se abandona a su señor, pero María va hasta abandonarse totalmente en Dios, va hasta el final de la verdad de su ser, de por lo que ha sido hecha, corresponde totalmente a la gracia.

Al decir, *“que se haga en mi según su palabra”*, utiliza el mismo verbo que Dios en la creación del hombre: *“¡hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza!”* (Gn 1, 26). Así, abandonándose totalmente a Dios, María acepta dejarse modelar por El, dejarse remodelar por El.

Así, **ser “creyente”**, para la Virgen María, es **comprometerse**, es **adherirse a la voluntad de Dios** con un *“sí”* perfecto. María nos muestra que la fe no es ni una opinión (como cuando decimos: creo que mañana hará bueno), ni una adhesión intelectual sino que es **un acto del don de sí**, un pleno compromiso de ella misma.

En los Evangelios, podemos seguir su camino de fe. La vida de la Virgen María no transcurre sin problemas. Después del día de la Anunciación, María, con certeza, no se esperaba lo que iba a ocurrir: dar a luz a su hijo en un establo, tener que exiliarse en Egipto, perder a su hijo de 12 años en Jerusalén, ir en su búsqueda, no entender su reacción: *“¿Acaso no sabías que tenía que ocuparme de las cosas de mi Padre?”*, luego esperar en Nazaret años y años para que las promesas del Ángel Gabriel se realizasen y por último, estar al pie de la Cruz. Está claro que María no entendía la voluntad de Dios, sin embargo la acepta, la

medita, se deja crear en la fe día tras día. El “sí” de la *Sierva del Señor* no es el sí de un día, implica la **orientación de su vida entera según Dios** y ratifica por adelantado, todas las elecciones de Jesús, desde Belén hasta la Cruz. Primera discípula, ella sigue a Jesús hasta el final, continúa creyendo al precio de una fe que, humanamente, desgarró sus entrañas.

2 – LA KÉNOSIS DE MARÍA

Hay que contemplar a la sierva del Señor al pie de la cruz: allí, podemos contemplar el manantial y el secreto de su misterio. En medio de la angustia y del miedo ante el horror de la muerte de su hijo, María no es más que una ofrenda de sí misma, vaciada de ella misma. Al pie de la Cruz, comprendemos lo que podía significar el nuevo nombre: “*llena de gracia*” dado por el Ángel Gabriel. María es “*llena de gracia*” porque está “vaciada de sí misma”, “vacía de todo el resto”.

Al pie de la Cruz, María está vacía de sí misma, no solo de todo lo que ella misma ya ha ofrecido a Dios (su proyecto de vida, su reputación, etc) sino también de lo que Dios le ha dado: su Hijo. Al pie de la Cruz, María es, por excelencia, “*la sierva de los designios de amor del Padre*”.

Para captar bien toda la profundidad, hay que contemplar **la kenosis de Jesús**. Kenosis es la expresión griega que significa “vaciar”. En su carta a los Filipenses, San Pablo dice: “*Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte*”. Para hacerse igual a los hombres, Jesús se vacía de su poder divino que, sin embargo, podía reivindicar.

Y **la Virgen María**, como todo discípulo, *debe seguir este mismo movimiento de despojamiento*. Toda la función de María consiste en eso: ***seguir a Cristo en este despojarse***. Al pie de la Cruz, María no ha reivindicado como una víctima para aprovechar el ser la madre del Mesías, no reivindica nada, acoge el don de Dios y por eso, se deja vaciar de toda pretensión de existir por sí misma o bien para poner la mano sobre el don de Dios, ella continúa hasta abandonar lo que Dios le ha dado.

En su encíclica *Redemptoris Mater* (n° 18), Juan Pablo II comenta **la kénosis de María**; no duda en decir que ella es la kénosis más profunda, la más cruel que haya podido vivirse en la historia de la humanidad. En la Anunciación, el Ángel Gabriel habló de Jesús a María en estos términos: “*El será grande... el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin... será llamado Hijo de Dios*” Se trata de la promesa mesiánica hecha a David y a su descendencia para siempre (2 Samuel 7, 1-17) como lo cantará María en el Magnificat *en favor de Abraham y de su linaje por los siglos*.

Ahora, al pie de la cruz, María es testigo, humanamente hablando, de un total desmentido de estas palabras. Las promesas del Ángel están completamente invertidas, todo lo que María pudo comprender el día de la Anunciación se realiza a la letra, pero ¡de modo tan sorprendente! Sí, Jesús es elevado por encima de los hombres, coronado, revestido de un manto de púrpura como los reyes, pero hay que admitir que este manto rojo es un objeto de burla; su corona, una corona de espinas; el cetro, un cetro de caña; y su trono, el horror de esta cruz.

Sin embargo, la madre de Jesús “**está allí**”, no dice nada, no hace nada, pero está allí. Contra toda apariencia, María cree en el cumplimiento de las promesas de Dios transmitidas por el Ángel en la Anunciación, su **presencia es la respuesta activa de su fe**.

Entre Jesús y María existe **una comunión física**, pero esta está fundamentada en una comunión **espiritual** que constituye entre María y Jesús un “**nosotros**” único, de una infinita profundidad. María no forma más que uno con su Hijo, los dos **hacen uno** para la salvación del mundo. Al pie de la Cruz, *la sierva del Señor* dice como al comienzo: “hágase en mí según tu palabra”.

“*Dichosa la que ha creído*” La bienaventuranza de María es retomada al final del Evangelio de san Juan cuando Jesús dice a Tomás: “*Dichosos los que creen sin haber visto*”, es decir, “*Dichosos los creyentes*,”

aun sin haber visto". Tomás el discípulo que titubea y duda, debe mirar a María, le creyente, debe asentarse en la fe de María. A través de Tomás, es toda la Iglesia la que debe situarse en la fe de María.

III – MARIA MADRE

"Evangelizadora de los pobres"

INTRODUCCION

Para María, ser madre de Dios no es una simple función, es el secreto de su vida. Su ser se identifica con su misión: si María es la **"la madre de Jesús"**, es porque es la **"sierva" perfectamente obediente al proyecto del Padre sobre la humanidad**. Y si es este corazón perfectamente disponible, es porque su persona es **Inmaculada**. María es concebida sin pecado para acoger y transmitir el Don de Dios, el Hijo de Dios. Acogiendo el ser mismo de Dios, puede comunicarlo al mundo; en ella, no se encuentra más que a Dios.

Releamos este misterio tal como se nos presenta en el Evangelio: ¿qué ocurre a partir del momento en qué María se proclama la "sierva del Señor"? Después de haber recibido la visita de Dios por el Ángel Gabriel, María inmediatamente se siente impulsada hacia los caminos de los hombres para compartir lo que ha recibido, parte de prisa hacia las montañas de Judea. María lleva en ella la vida de Dios y esta presencia en el fondo de su corazón dará todo su peso a la visita.

En el momento en que ella oye el saludo de María, Isabel recibe la Paz de Dios que provoca en ella un doble efecto beneficioso: su corazón está lleno de la plenitud del Espíritu y Juan Bautista se estremece en su seno: *"en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno"* (Lc 1, 41). Así, gracias a la proximidad de María, se le concedió el Espíritu del que Juan Bautista debía estar lleno (cf. Lc 1, 15). Es pues a través de María como Dios comunica su Espíritu a Isabel y al hijo que lleva en ella.

La visita de María va a desplegar un verdadero contagio del Espíritu Santo: después del niño y la madre, es el padre, Zacarías quien lleno del Espíritu Santo, profetizará (Lc 1, 64) y por último, es todo el entorno, *"el temor invadió a todos sus vecinos que bendijeron al Señor"* (Lc 1, 65). Así, María de la Visitación es el **primer modelo de una evangelización en la que el Espíritu Santo es el primer actor**.

Profundicemos en la gestión evangelizadora de la Virgen María a través de su misión particular de Madre de Dios. Esta palabra "Madre" nos es familiar, tal vez demasiado familiar, y corremos el riesgo de no apreciar toda su riqueza.

RECUERDO RELATIVO AL MISTERIO DE LA MATERNIDAD DIVINA DE MARÍA

1 - La maternidad divina de María, es en primer lugar, el misterio de la que *trajo al mundo el Hijo de Dios, la que dio a luz a Jesús a su vida humana*. Ella es la "Madre de Dios".

2 – Pero, hay más. La maternidad divina de María se muestra por **su maternidad espiritual**. En la Cruz, Jesús confía a su madre la misión de **engendrar a "sus hermanos" a la vida de Dios**. La *"madre de Jesús"* se convierte en la *"madre de los discípulos"*. Y esta maternidad espiritual de María no termina en el tiempo, hoy continúa todavía.

Cada evangelista tiene su manera propia de hablar de María. Juan posee la suya. Hay parentesco entre los evangelios y principalmente entre el evangelio de Lucas y el de Juan. Pero Juan profundiza la reflexión de los otros evangelios, es el que ofrece **el significado espiritual de la maternidad de María**. ¿Por qué? Porque al pie de la Cruz, el discípulo amado oyó la palabra de Jesús: *Aquí tienes a tu madre*. Y desde ese instante el discípulo *acogió a maría con él*: es decir *"en su casa"*, pero también *"en su corazón"*. María forma parte de la intimidad de Juan. Desde entonces, se comprende mejor por qué, en su Evangelio, María tiene un lugar muy significativo.

Les propongo reflexionar en el misterio de la maternidad divina de María a la luz de la C.14. dice así:

“... La Compañía **une servicio y presencia**, recordando al Señor que revelaba el Amor del Padre” en la edición de 1983, las dos palabras **servicio y presencia** estaban escritas en negrita, lo que ponía de relieve estas dos palabras importantes. El orden de estas dos palabras subraya que un servicio, realizado sin una presencia de calidad es incompleto. Al contrario, cuando se viven bien, “revelan el amor del Padre” y permiten “mostrar el rostro de Dios” (cf. C. 14).

En su Evangelio, Juan pone especialmente de relieve la manera como María “**une servicio y presencia**”.

“LA MADRE DE JESUS” (EL SERVICIO DE MARÍA)

* En su Evangelio, Juan no tiene más que una palabra para designar a María: “*la madre de Jesús*”. A María no se la llama por su nombre de estado civil, pues aparentemente, para Juan, ella no tiene nombre propio. ¿Por qué?

Juan quiere decirnos que María es **solo** “la madre de Jesús”: ella es **solo** esto, es **solo** “madre”, es siempre con relación a Jesús, por ella misma no es nada, no existe más que para dar la vida de Dios, es la *madre por excelencia*, es la *madre para todo su ser*, no simplemente en el momento en que un niño sale de sus entrañas, sino que es la “madre de Jesús” desde el comienzo hasta el final.

* La Iglesia, ha proclamado a María “**Madre de Dios**”. No vemos precisamente el título de *Madre de Dios* en los Evangelios. Sin embargo, en la boca de su prima Isabel durante la Visitación, brota la expresión “*la madre de mi Señor*” (Lc 1, 43). El título de “*Señor*”, pertenece a Dios y se atribuye a Jesús después de su resurrección. Por lo tanto, incluso si el vocablo de *Madre de Dios* no está en las Escrituras, el contenido está ahí y la fe de la Iglesia lo ha asumido y explicitado: María forma uno con su Hijo, como Él, lo forma con el Padre.

“LA MADRE DE JESÚS ESTABA ALLÍ” (LA PRESENCIA DE MARÍA)

Además de su misión maternal, Juan subraya otra calidad de la persona de María. Es algo que no se define pero que se constata: la presencia. “*La madre de Jesús...estaba allí*”. En el Evangelio de Juan, María interviene en dos episodios particularmente importantes para el ministerio de Jesús:

* **primero en Cana**: “*la madre de Jesús estaba allí*”, es decir en **el comienzo del primer signo de Jesús** que debe cumplir para manifestar la irrupción del Reino de Dios. Juan nos presenta el apostolado de la Virgen María: es ella la que permite a Jesús ir más lejos y mostrar su gloria.

* **Luego en la Cruz**: “*junto a la cruz de Jesús estaba su madre*”, es decir, **durante el cumplimiento de la misión de su Hijo**, cuando Jesús puede decir: “*todo está cumplido*”.

Así, María está en el comienzo del ministerio de Jesús y está en su cumplimiento, está al **comienzo** y está al **final**, ella lo incluye. Esto significa que, incluso si Juan no habla de ello, esto basta. Ella está allí, a lo largo del Evangelio, acompaña a Jesús en todo momento. Ciertamente, como todas las cosas profundas, la presencia no es mensurable, ni en volumen, ni en peso y no se le puede encerrar en una fórmula.

Así, en el Evangelio de Juan, **María “está allí” donde Dios se da**, esto quiere decir que la presencia de María es mucho más que una simple cuestión de orden físico, no es sencillamente estar allí, sentada o de pie.

Para comprender la fuerza de la expresión “*la madre de Jesús estaba allí*”, hay que volver al nombre que le da el Ángel Gabriel: “**llena de gracia**” es decir, “vacía de todo el resto”. Llena de gracia, María es el corazón donde Dios se da. En ella, **Dios está presente en plenitud**. “*llena de la presencia de Dios*”, María **está plenamente allí, presente**, porque a través suyo, es Dios quien se hace presente. Allí donde está, María **transmite** la Presencia de Dios. Se puede decir que “*la superabundancia de la gracia en María*”, comunica “*la Presencia de Dios en superabundancia*”.

¡No nos equivoquemos de sentido cuando hablamos de “Presencia de Dios en superabundancia”!

* Sabemos bien que hay personas que son “omnipresentes”, se las ve por todas partes; otras tienen una presencia que impone, otras tratan de seducir, de atraer a ellas... Y nosotras, buscamos tan a menudo acaparar a los demás, ya sea dominándolos, o envolviéndolos para que estén a nuestra merced. Está claro que estas diferentes presencias no tienen nada que ver con la manera de ser de Dios.

* **Dios** es respetuoso hasta el infinito. Su presencia es plenitud, desbordamiento de amor, Dios da todo, Él se da por entero **pero** Dios no puede poseer nada, se libra a nuestra libertad sin imponer nunca, sin dominar nunca. No obliga, no amenaza, no viene a vernos nunca con la dinamita para abrir a la fuerza nuestros corazones. Sin embargo, cuando un corazón se abre, Dios se da en abundancia y le llena de su gracia.

* La presencia de **María** refleja la Presencia de Dios. La “*madre de Jesús*” es humilde y discreta, delicada y respetuosa. En Cana, María no atrae a las personas a ella, sino que manifiesta atención a sus necesidades. Es una presencia que inspira confianza y orienta hacia Jesús. Una presencia como esta, cambia todo porque no hay en ella ni una huella de repliegue sobre sí misma.

CONCLUSION

*Por esta única expresión, “¡la madre de Jesús estaba allí!”, Juan ilustra magníficamente cómo María **unió su servicio y Presencia**, cómo es evangelizadora. Totalmente entregada a Dios, María realiza perfectamente su misión maternal y su presencia “permite transparentar a Dios”.*

En la segunda intervención, continuaremos la meditación de este misterio de la maternidad divina de María a la luz de las Apariciones de 1830. Luego, veremos en qué y cómo la virgen María, nuestra Madre, puede ayudarnos en nuestra vocación de Hija de la Caridad.

SOR ANNE PRÉVOST
Hija de la Caridad

SOR A. PREVOST, HC

II – En 1830
la Virgen María y Catalina Labouré

INTRODUCCION

Hemos visto lo misteriosamente que necesitamos de la presencia de María, no como una compensación en nuestra aridez espiritual, sino porque Jesús nos la ha dado como Madre para hacernos nacer a la vida divina.

En esta segunda intervención, en primer lugar, seguiremos los pasos de santa Catalina para intentar revivir su experiencia espiritual y así, dejar que nos guíe hacia María. Luego, veremos en qué y cómo la Virgen María **puede ayudarnos** en nuestra vida diaria y por qué las Constituciones nos invitan a amar e imitar a María.

ALGUNOS COMENTARIOS RELATIVOS A LAS APARICIONES

Las apariciones no añaden nada al Evangelio, pero son propuestas inéditas de la Buena noticia, a veces olvidada. Estas nos envían siempre al Evangelio pero pueden ayudarnos a descubrir de nuevo ciertos aspectos.

Nos recuerdan también que la Virgen María no está allá arriba, en el cielo, sino **que está con nosotros, a nuestro lado**. No es porque no veamos a la Virgen María por lo que no está allí. No está allí, a nuestra vista, en nuestra sensibilidad, sino, cuando ella lo desea, se aparece a nuestro mundo sensible; y sabemos cuánto ha sido favorecida la Compañía por sus visitas.

Desde 1830, la Capilla de la Calle del Bac, en Paris, *es un lugar de gracia*, lo experimentamos todos los días. La afluencia constante de peregrinos es un verdadero plebiscito para la Virgen María y santa Catalina.

Pero el verdadero milagro, es que al entrar en este lugar donde la gracia ha llegado, los peregrinos se dan cuenta de que no son acontecimientos del pasado que se han desenterrado, sino que es **una gracia de hoy** la que se vive. Cuando los peregrinos se paran en esta capilla, sienten una presencia, ven una presencia, hay Alguien; y misteriosamente, reviven la experiencia de Catalina, una esperanza nace en su vida. De hecho, cuando hay un fenómeno espiritual, está **siempre presente**, es como el Evangelio, podemos saberlo de memoria, abrirlo de nuevo cientos y miles de veces, que **siempre es nuevo**.

Así, aunque conozcamos bien estas apariciones, no terminaremos nunca de profundizarlas. Detengámonos, en primer lugar, en el hecho esencial del mensaje de las apariciones de María a Catalina Labouré.

A) EL MENSAJE FUNDADOR DE LAS DOS APARICIONES

En Lourdes, la Virgen se apareció 18 veces a Bernardita, aquí, se apareció tres veces a Catalina, pero sabemos que la 3ª aparición en diciembre de 1830 fue especialmente un eco del 27 de noviembre, que, por el contrario, es de una importancia decisiva. Veamos algunos comentarios referentes a las apariciones del 18 de julio y del 27 de noviembre.

RELACIÓN ENTRE LAS DOS APARICIONES

Con frecuencia se habla del mensaje de la Medalla, pero el mensaje fundador de las apariciones no puede resumirse en la Medalla, por muy original y lleno de simbolismo que sea. Para explorar la riqueza evangélica del mensaje revelado por la Santísima Virgen a Catalina, hay que tener en cuenta sus dos apariciones que se completan. Sabemos que la primera prepara a la segunda, que es de una importancia decisiva, ya que concretiza la misión confiada a Catalina. Pero, hay más. Durante la noche del 18 de julio, la Virgen María le revela su maternidad espiritual, que es el despliegue de su maternidad divina: “*La Madre de Dios es nuestra Madre...*”⁴; el 27 de noviembre, María presenta a Catalina la gracia de su inmaculada concepción.

Sin embargo, estas dos gracias íntimamente relacionadas, la Inmaculada Concepción y la maternidad divina, se incluyen la una en la otra: la gracia, de la que María Inmaculada está llena, no es más que una con su maternidad. Por eso la *maternidad espiritual* de María, vislumbrada y experimentada por Catalina el 18 de julio, da todo su sentido a la afirmación de su Concepción Inmaculada revelada el 27 de noviembre: “EL NOMBRE DE LA MADRE DE JESÚS ES “LLENA DE GRACIA” Y “LA MADRE DE JESÚS ES TAMBIÉN “LA MADRE DEL DISCÍPULO QUE JESÚS AMABA”” porque Jesús se identifica realmente con sus hermanos.

PRIMERA APARICIÓN: LA MATERNIDAD ESPIRITUAL DE MARÍA

La noche del 18 de julio, es *el rostro de una madre el que se da a conocer en la gracia de un encuentro*. Durante la aparición, María se muestra *muy maternal* con Catalina, se presenta también como “*la madre de los hombres*”. La ternura de María para con la humanidad revela como insinuado, algo del misterio de su maternidad divina.

SEGUNDA APARICIÓN: LA INMACULADA CONCEPCIÓN

El 27 de noviembre, por el resplandor del rostro y los rayos de luz que emanan de sus manos, *María Inmaculada* aparece “*resplandeciente del reflejo de la belleza de Dios*”. A través de la invocación: “*Oh María, sin pecado concebida*”, la Virgen revela su identidad: “*llena de gracia desde su concepción*”. Catalina contempla, en María llena del Espíritu, a Dios en transparencia.

Luego, el reverso de la Medalla *sitúa a la Inmaculada Concepción en la historia de Salvación*. La letra M coronada por una Cruz presenta el misterio de la Cruz, en el que la Inmaculada Concepción toma su fuente y sin la cual es incomprendible. María está situada como orientada hacia Cristo Redentor, como su Madre y la Sierva del Señor.

LA CALIDAD DEL TESTIMONIO: CATALINA LABOURÉ

El mensaje de las apariciones no puede resumirse en una serie de palabras y gestos de la Virgen María, también es un rostro: Catalina. Tomemos nuevamente las palabras del Cardenal Gerlier, Arzobispo de Lyon, en Notre Dame de París:

“Catalina Labouré colaboró en esta obra providencial: la definición del dogma de la Inmaculada Concepción... Escogida por la Virgen, su confidente privilegiada es una joven modesta y humilde, un alma pura y recta, incapaz de inventar el mensaje que no comprende. Ella fue un instrumento, precioso pero oscuro, de una obra, sin embargo divina: la propagación del culto de la Inmaculada Concepción”.

Catalina ha aceptado ser el instrumento del que María se sirvió, y luego permanecer en la sombra. Catalina se alegra de ser útil, pero nos muestra que ser útil es también aceptar no interponerse. Lo

⁴ *La maternidad de María en el orden de la gracia es un elemento constitutivo del designio de la Salvación* (Academia Mariana internacional p. 174).

importante para ella, es el mensaje, el resto importa poco. Ante el mensaje desaparece totalmente y guarda el silencio más total sobre ella. No busca más que la gloria de Dios, no es más que la humilde mensajera de la Inmaculada y la humilde sierva de Cristo en los pobres.

“En el silencio”, Catalina es tanto más útil y tanto **más luminosa** que en el momento de las apariciones. Si solamente hubiera habido el episodio de las apariciones, no tendríamos santa Catalina. Incluso hubiese podido ser todo lo contrario si, después de las apariciones, ella se hubiese puesto de relieve porque habría recibido todos los aplausos pero no habría sido este instrumento resplandeciente, que llegó a ser cada vez más, viviendo los carismas diarios con esta extrema humildad de los hechos y las palabras. A través de su vida en Reuilly, podemos contemplar como insinuado el misterio silencioso de María de Nazaret, a propósito de quien no se cuenta prácticamente nada, salvo su profunda actitud de humilde Sierva del Señor.

LA ELECCIÓN DE LA FAMILIA VICENCIANA

Teniendo en cuenta el lugar que María (Inmaculada, Sierva y Madre) tuvo en la vida de nuestros Fundadores, las apariciones de María a santa Catalina han sido consideradas como una ratificación de su devoción mariana. Es comprensible. Además, podemos imaginar que la Virgen María, con el signo de la Medalla, le hizo un guiño a san Vicente, retomando, a su manera, una de las grandes convicciones de fe del Fundador: *“Volved la medalla” para reconocer a la luz de la fe, el rostro de Cristo en los pobres*. Sin hacer grandes teorías, la Virgen María significa lo mismo: el reverso de la Medalla da todo el sentido a la Inmaculada Concepción, revelada en el anverso. Sin embargo, es necesario evitar restringir las apariciones de 1830, considerándolas como un privilegio confiado solo a la familia vicenciana porque son **una misión** para toda la Iglesia y un mensaje para el mundo de hoy y para siempre.

ÚNICA MADRE DE LA COMPAÑÍA

En la época de las apariciones, Catalina es una **joven Hija de la Caridad en formación** y María se interesa por su vida, como *“madre”* y *“maestra de vida espiritual”*. Hoy, cada una de nosotras estamos en formación, inicial o continua; estas apariciones son un recuerdo de que María está cerca de cada una y quiere ayudarnos a vivir más a un nivel de fe.

B) LA NOCHE DEL 18 AL 19 DE JULIO DE 1830: LA MADRE DEL DISCIPULO ESTA ALLI

Después de estos comentarios referentes a las apariciones, miremos el recorrido espiritual que Catalina realiza la noche del 18 de julio de 1830.

UN PEQUEÑO PREÁMBULO

Cuando santa Catalina ve a la Santísima Virgen, ¡esto no debe engañarnos!, no hay que imaginar que antes de la aparición, María estaba ausente y que llega solamente esa noche a la capilla porque María *“está allí”*, ella ***está siempre allí***. Pero, esta noche, María *“se deja ver”*, *“se muestra”* a Catalina. Es como con Jesús Resucitado: está siempre allí, cerca de nosotros, pero, durante sus apariciones después de la Resurrección, *“se deja ver”* por sus apóstoles.

1 - LA “MADRE ESPIRITUAL” DE CATALINA

Para comprender bien esta aparición, hay que tener en cuenta la personalidad del testigo, su medio familiar, su vida de relación con Dios. Sabemos que a los 9 años, Catalina perdió a su madre y en ese momento, se dirige a María y la escoge por madre. Este gesto de fe, fue para ella un acontecimiento fundador en su relación con el Cielo. Situando su vida bajo la influencia de la Santísima Virgen, Catalina entra en una relación única de proximidad amorosa con ella, como Juan que, al pie de la Cruz, *“acogió a María en su casa”*.

Por eso, cuando en 1830, la Santísima Virgen se presenta a Catalina como una madre que se sienta con su hija para hablarle y que el ángel le dice: *“¡He aquí la Santísima Virgen!”*, podemos imaginar que Catalina oye resonar en el fondo de su corazón la palabra que Jesús en la Cruz dirigió al discípulo *“He aquí tu madre”*. Sin embargo, veremos que las etapas recorridas por Catalina no son tan simples.

ETAPAS DEL ENCUENTRO

LA VIRGEN MARÍA ESTÁ ALLÍ

“La madre de Jesús está allí” ante Catalina. Su actitud refleja y prolonga la actitud de Dios revelada en Jesús cuando dice a Zaqueo: *“Hoy iré a tu casa”*. María se arriesga a darse a Catalina sin imponerse, se entrega a la libertad de Catalina.

CATALINA ¡NO LA RECONOCE!

Pero Catalina no está preparada para el encuentro. Es este **un momento capital de la aparición**. María está allí y, sin embargo, Catalina dice: *“yo no veía a la Santísima Virgen”*. Es extraño oír esto de la boca de Catalina, ¡ella que deseaba tanto ver a María! Había oído la llamada para levantarse: *“la Santísima Virgen la espera”*, aceptó ir hasta la capilla porque alguien la esperaba..., ahora tiene el pensamiento ocupado por la Santísima Virgen, y sin embargo, no ve más que a una mujer que la visita. A pesar del profundo deseo de su corazón, Catalina parece paralizada, bloqueada por la barrera de las apariencias, percibe *“a alguien”* pero no reconoce a la Santísima Virgen...algo semejante a María Magdalena que, en el sepulcro se da cuenta de que Jesús está allí, pero *“no sabía que era El”* (Jn 20, 13). En este momento, Catalina es incapaz de reconocer la persona de María y entrar en relación.

¡Es la hora de la duda! Catalina está muy turbada (26 años más tarde, escribirá este episodio poco glorioso en su autógrafo de 1856. En 1876, es decir 46 años más tarde, se lo explicará a Sor Dufés con la misma precisión de detalles).

Así, si las cosas se hubiesen quedado ahí... no habría pasado nada.

¿POR QUÉ EL ENCUENTRO PARECE IMPOSIBLE?

Podemos comparar este episodio de duda de Catalina con los relatos de la resurrección que revelan cómo los apóstoles, a los que Jesús se aparece, no lo reconocen inmediatamente, percibían a “alguien” sin reconocerlo. Esto se parece también, de alguna manera, a la experiencia de Juan Bautista quien, desde la cárcel, se pregunta y se preocupa, preguntándose si Jesús es ciertamente el Cordero de Dios o si hay que esperar a otro. En este momento, Juan Bautista no reconoce a Dios en la persona de Jesús, no estaba lo suficientemente maduro como para aceptar que la grandeza de Dios se manifiesta en la pobreza y en el abandono infinito.

Catalina, parece sorprendida por la sencillez de María. Está encerrada en sus ideas, piensa en función de su mundo, percibe lo que le rodea en función de lo que es, dicho de otro modo, ella es **“el centro”** y no puede tener acceso a la realidad del Otro, en este caso de María.

Si Catalina permanece con el corazón lleno de su propia plenitud, de sus certezas, de sus ideas definidas o de sus quejas, sus ojos y sus oídos no se abrirán a la luz que se le ofrece. Si se queda en una simple mirada de curiosidad o de vigilancia, no verá más que el exterior de María, las apariencias de su retrato y no se acercará nunca al interior, al misterio de su presencia.

¿QUÉ HACE LA VIRGEN MARÍA?

La presencia de María es hermosa y conmovedora por su admirable paciencia, como lo era la actitud tan respetuosa de Jesús resucitado cuando se acerca a María Magdalena como un amigo. *María está allí y permanece allí, tranquilamente*, no se va dando un portazo, abandonando a Catalina o desacreditándola. María permanece en silencio, no en un silencio de indiferencia educada sino en un

silencio que abre a la Presencia de Dios. La mirada dirigida hacia Catalina, María es pura ofrenda, pura generosidad, puro desinterés. E incluso si María quiere darle felicidad, no se precipita, ni fuerza la distancia, sino que respeta la libertad de Catalina.

En la irradiación de esta Presencia amorosa, Catalina se tranquiliza. María le deja tiempo para abrirse al misterio, para perderse de vista, para prepararse a oír otra palabra que la suya y así, abordar otro reconocimiento, porque existe lo que se mira y lo que no se ve, lo que se sabe y lo que no se conoce, lo que ya ha probado y lo que nunca ha experimentado. Aquí está Catalina atraída suavemente desde el interior hacia el Amor.

LA ESCUCHA DE LA PALABRA DE DIOS

El ángel le dice entonces: *“¡He aquí a la Santísima Virgen!”*. Catalina debe escuchar tres veces seguidas esta Palabra para dejarse tocar por la gracia. Las dos primeras veces lo oye, pero permanece en el exterior; la tercera vez la escucha, se deja instruir y modelar por la Palabra. Las palabras de Dios la introducen en la realidad que evocan, la Palabra se cumple, Catalina se abre a la profundidad del misterio.

Abandonando lo que conoce para ir hacia lo que no conoce, lo nuevo, Catalina deja a Dios ser “Dios”, ser “Otro”. En adelante Catalina está en condiciones de percibir la presencia de María, de darle su corazón y entrar en relación. Vemos a Catalina, situada como al mismo nivel de igualdad con María, hay como una especie de “ascensión” de Catalina, no es una equiparación a la baja, sino bien al alza.

SOLO LA GRACIA, DA ACCESO AL REINO

Debemos unirnos al sentido espiritual, simbólico de este relato y no simplemente a la anécdota. Catalina no puede tener acceso a la presencia de Dios con sus únicas fuerzas; el deseo no basta. Todo el trabajo de Catalina consiste en dejarse transformar desde el interior para pasar de su realidad personal a la realidad de Dios, de su mundo al mundo de Dios. El verdadero encuentro de Dios está en el anonadamiento de sí en Él.

Esta experiencia espiritual de Catalina nos ayuda a comprender que toda nuestra existencia está comprendida en esta alternativa: *“yo soy, se en mí, en Dios”*. No hay término medio.

- Cuando dejo de ocuparme de mí, es que Dios está realmente presente.
- Cuando me pierdo de vista, quiere decir que Lo miro.
- Cuando no me escucho, es que Lo escucho.

Es sencillo pero Catalina nos muestra que llegar a realizarlo es difícil. Para vaciarme de mí, no lo puedo hacer por mí misma, es *el encuentro del Rostro de Dios* el que cura mi amor propio o mi repliegue en mí misma. Es *la acogida de su Palabra amorosa* la que cambia progresivamente mis maneras de pensar, de mirar, de hablar, la que da acceso al Reino de los cielos.

LA PRESENCIA DE MARÍA HACE EXISTIR PLENAMENTE A CATALINA

“Al mirar a la Santísima Virgen”, Catalina está irresistiblemente atraída por ella, como Isabel lo estuvo el día de la Visitación. En una actitud tan familiar como la que tuvo en su infancia, no hizo más que un “saltó a su lado” y ve a la Madre de Dios tal y como es: acogedora y don de sí misma.

En cuanto a este cara a cara, este corazón a corazón con María, Catalina permanece discreta, es su secreto, no tiene costumbre de expresar sus sentimientos interiores. Pero sabemos que, en este clima de comunión, su corazón está inundado por una oleada de felicidad y de amor que ella desconocía: *“Allí, transcurrió un momento, el más dulce de mi vida; me sería imposible decir todo lo que experimenté”*.

En este intercambio interpersonal, María y Catalina están unidas *por el don que cada una hace de ella misma*, acogiendo la realidad de la otra, expresada por su única presencia. Catalina experimenta el Reino de Dios como un lugar de comunión basado en el don de sí vivido en la acogida del otro. Es *dándose como existimos*, todo lo que guardamos para nosotros, lo perdemos.

2 - LA "MADRE ESPIRITUAL" DE LOS HOMBRES

En los ojos de María, Catalina descubre que existe plenamente, que Dios está allí *para ella, nada más que para ella*, como si fuera *única* en el mundo. "He aquí **tu hijo**" dijo Jesús en la Cruz, y no "he aquí tus hijos". Por el hecho de que María se haya molestado personalmente por ella, Catalina comprende desde el interior, que también es "**el hijo único de Dios**". Pero no al estilo de los judíos que dicen "*somos el pueblo escogido y los otros están a la puerta*". ¡No! Este amor personalizado que recibe es a su vez, para Catalina, una llamada a vivirlo con los pobres para que cada uno de ellos pueda creer también, que es "*el hijo único de Dios*".

LA COMPASIÓN DE MARÍA

Así pues, María ama a sus hijos, no en general, sino con un amor personal, como si estuvieran solos en el mundo. Catalina está emocionada por *la compasión de María que se extiende a todos los hombres, particularmente a los que son víctimas de la violencia*. María sufre con los que sufren y les acompaña como acompañó a su Hijo en la Cruz. El 27 de noviembre, cuando llevará al mundo entre sus manos, dirá: "*el globo representa a cada persona en particular*". El amor maternal de la Santísima Virgen es **incomparable, único**, envuelve a cada uno personalmente.

LA PRESENCIA REAL EUCARÍSTICA

Luego María, con relación a Jesús, orienta con naturalidad a Catalina hacia Cristo: "*Venid al pie de este altar*"... alimentaos de la "*presencia real*" **eucarística** porque allí, está la verdadera Presencia única de Dios que os llena y transfigura. Cuando la presencia de Cristo nos invade, nuestra presencia se convierte para los demás, en un don y lleva la Luz de su Amor.

CONCLUSION

Los Fundadores inculcaron en la Hijas de la Caridad el amor a la Virgen María, la imitación de la Virgen María (cf. C. 15b) y la oración mariana: "*Meditan diariamente el rosario y la oración del Angelus*" (Estatuto 7). Para ellos, la devoción mariana no es *una materia opcional*.

Si queremos llegar a ser verdaderamente Hijas de la Caridad, tenemos que vivir del espíritu de Jesús, vivir a imitación de la Virgen María. Por eso, es necesario amarla como Jesús la amó. No hay otras soluciones más que tomar todos los acontecimientos de los misterios cristianos, todas las palabras de Jesús, todas las palabras que María pronunció y hacerlas pasar por nuestro corazón, meditarlas a lo largo de la vida de manera que las pongamos en práctica; sino continuaremos a tener el espíritu del mundo.

1 – ¿Por qué los Fundadores nos piden que AMEMOS a María?

PARA HACER LO QUE JESÚS HIZO

El primero en amar a María fue el mismo Dios. Se hizo un pequeño embrión en el seno de María, escogiendo permanecer en ella, vivir una dependencia radical. Hecho niño, luego adolescente, Jesús amó a su madre, la introdujo más profundamente que a nadie en su corazón, la entrenó en los pasos de la vida redentora cuyo culmen es el Calvario. Y allí, en la Cruz, justo antes de morir, pide **al discípulo que ame a su madre como él mismo la ha amado**.

PARA HACER LO QUE DIOS NOS PIDE

En el momento *de entregar el Espíritu*, Jesús *da su madre* al discípulo, se trata de la *transmisión de una misma herencia*. Jesús quiere que recibamos todo de María, quiere que la *vida nueva*, dada en abundancia sobre la Cruz, *pase por su Madre*. Al pie de la Cruz, María *recibe el Espíritu de Jesús PARA dárselo al discípulo*. María enseñará al discípulo a hacer de su morada, la morada del Espíritu. Es por María por quien Juan recibirá la vida divina, va a dejarse engendrar a la vida del Resucitado (en quien todavía no cree porque no comprende nada). En efecto, es en la página siguiente cuando todo se aclara para Juan, es decir, al primer día de la semana, cuando una vez dentro del sepulcro vacío, verá el sudario doblado, entonces

podrá creer: “*vio, y creyó*”. (Jn 20, 8).

2 – ¿Por qué los Fundadores nos piden que IMITEMOS a María?

PARA HACER LO QUE JESÚS HIZO

“*Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura, y en gracia ante Dios y ante los hombres*” (Lc 2, 52). Es evidente que el Hijo de Dios habría podido venir a nuestro mundo a la edad adulta sin haber necesitado educación e instrucción, pero verdaderamente prefirió ser uno de los nuestros. María fue la educadora de Jesús y no solamente su madre, ignoramos los métodos empleados por María para la educación de Jesús, pero sabemos que solo se puede aprender lo que uno mismo vive interiormente. Sin embargo, María, después de la Anunciación, se entregó con toda confianza al querer de Dios: “*no mi voluntad sino la tuya*”. Jesús lo dirá varias veces, principalmente en el huerto de Getsemaní.

PARA HACER LO QUE DIOS NOS PIDE

Lo que Dios hizo en María el día de la Anunciación, quiere hacerlo en cada una de nosotras. Nos invita a llegar a ser, no solamente inmaculadas y siervas, sino también “*madres de Cristo*”, a hacer nacer a Cristo en nuestro corazón. Imitar a María es “*recibir a Jesús en nosotros*” y permitirle crecer: María nos muestra que el crecimiento de Jesús en nosotros requiere que le respondamos “*sí*” y que hagamos su voluntad.

3 – REZAR a María

Para los Fundadores, la oración mariana no es del orden facultativo sino del orden de lo necesario porque amar e imitar a la Virgen María supone tener **una relación viva** con ella, mirarla en lo que es, en lo que hace, en su “*sí*”, en su participación en el misterio de la Encarnación de Dios, y también dejarnos mirar por ella, dejarnos invadir por su mirada. Así,

CUANDO REZAMOS A MARÍA PONEMOS NUESTROS PASOS EN LOS DE DIOS

Porque el primero en saludar a María, es el mismo Dios: “*¡Salve, llena de gracia!*”. Al rezar a María, nos ajustamos al paso de Dios, vamos naturalmente hacia Él.

CUANDO REZAMOS A MARÍA, NUESTRA ORACIÓN SUBE INMEDIATAMENTE HASTA DIOS.

Porque María Inmaculada *no guarda nada para ella*, lo entrega todo a Dios. Todo lo que recibe, se lo ofrece a Dios, no hay ninguna devolución en ella. Si hay algo que María no sabe hacer, es mirarse en el espejo, porque “*¡en Nazaret no lo había!*” Cuando rezamos a María, nuestra oración sube directamente hasta el Corazón de Dios.

CUANDO REZAMOS A MARÍA, CONTEMPLAMOS QUIEN ES DIOS.

Porque la palabra del ángel dirigida a María, “*El Señor está contigo*” se dice también para cada uno de nosotros, incluidos los publicanos y los pecadores. “*Estar con nosotros*”, es el corazón de Dios: Dios pasa su eternidad pensando en cada uno de nosotros, de manera única. Cada uno de nosotros es su hijo único. (En una familia numerosa, cada hijo de la familia es único). Entonces, si ya nosotras, podemos realizar este misterio, con mayor razón el Señor, que es infinito. No vamos a escandalizarnos de que haya miles y miles, esto no molesta a Dios ya que Él es infinito.

María nos recuerda que Dios espera simplemente que lo acojamos, que nuestro corazón se abra al misterio que cada día se nos ofrece.

CUANDO REZAMOS A MARÍA, RECIBIMOS AL ESPÍRITU DEL QUE ESTÁ LLENA

Porque lo que le corresponde a María, es abrirnos a la gracia que nos viene por Cristo. Es su función de madre, una función única que recibe del Espíritu. *Llena de gracia*, María es el corazón en el que Dios se

da en plenitud, ella *recibe perfectamente la gracia y la transmite con una pureza perfecta*; no es una intermediaria, ella es *“Dios en transparencia”*.

Por eso, podemos **siempre pasar por María, PARA acoger verdaderamente el don de Dios**.

Ciertamente, tenemos acceso directamente a Dios que se hace cercano a cada una de nosotras. Pero este acceso, se hace en la medida que somos capaces de ir hacia Él, de acoger el don que nos hace. Porque Dios es *muy cercano*, pero somos nosotros los que *estamos lejos*, nosotros no somos más que pobres pecadores, nos ponemos siempre en el centro, razonamos a partir de nosotros, cerramos los ojos y los oídos, no sabemos acoger...y por ello, permanecemos siempre a distancia de Cristo. Pero *en el corazón de la Iglesia*, hay una **presencia creyente, María**; ella está totalmente **“capacitada para la acogida”**.

En la *Redemptoris Mater*, Juan Pablo II repite con fuerza lo que el Concilio había afirmado, es decir que *la mediación de María, favorece nuestra inmediata unión con Cristo*⁵. Esta frase es absolutamente desconcertante para nuestras lógicas humanas. Y en cierto modo, se puede decir que *su mediación maternal favorece la ausencia de mediación*; lo mismo, *si no hay esta mediación, tampoco hay la inmediatez de la unión con Cristo*, porque permanecemos en la medida de nuestra pobre fe, siendo limitada y por lo tanto imperfecta, nuestra capacidad de acoger a Cristo. Si queremos pasar de María para ir directamente a Dios, vamos, por desgracia, a pasar por todos los recodos de nuestros pecados, de nuestras dificultades, de nuestras incomprensiones.

María está allí para favorecer nuestra unión con Cristo. *“Receptora perfecta”* de la gracia, María no hace pantalla entre nosotras y Dios, no es una intermediaria, es **una transparencia**, es un *“lugar de paso”*. Si aceptamos pasar por ella, entonces, por su fe comprendemos quien es Dios, quien es este Dios capaz de encarnarse, capaz de sufrir y de morir por nosotros.

Es una verdad de fe capital. Sin la mediación maternal de María, no estamos relacionados con Cristo más que de manera imperfecta, en la medida de nuestra fe parcial y limitada. Pero, en el corazón de María, llegamos a ser con ella totalmente receptivas al Espíritu. Es por María por quien Cristo entra en nuestra alma.

II - PARA NOSOTRAS, HOY

I – AMAR E IMITAR A MARÍA “INMACULADA”

1 – CONTEMPLAR EN MARÍA LO QUE ESTAMOS LLAMADAS A SER

En su carta a los Efesios, san Pablo dice: *“Antes de la creación del mundo, Dios nos escogió para que fuéramos santos e inmaculados”*. San Juan dice lo mismo: *“Todo el que ha nacido de Dios no peca, sino que el Engendrado de Dios lo guarda”*. En el pensamiento de Dios, todos somos “inmaculados”: y la gracia se nos ofrece siempre para que lleguemos a ser “santos e inmaculados”. A nosotras nos corresponde acogerlo.

En María, contemplamos lo que estamos llamadas a ser, porque de momento, estamos en devenir, tenemos todavía nuestro “hombre viejo”, pero ya tenemos en nosotros una dimensión inmaculada.

2 – LLEGAR A SER “ADORADORA DEL PADRE”

Dios se da a cada uno de nosotros, pero no puede ofrecerse más que a nuestra libertad, porque lo único que el Todopoderoso no puede hacer, es forzar a un corazón a abrirse. María Inmaculada nos dice lo que debemos ofrecer a Dios, es decirle “sí”, centrarnos en Dios y por lo tanto descentrarnos de nosotros mismos. Es la verdadera conversión cristiana, es una revolución “copernicana” permanente: no es el sol el

⁵ RM 38, 2 qui reprend LG n° 60.

que gira alrededor de la tierra, sino la tierra la que gira alrededor del sol. María Inmaculada nos permite descubrir la importancia de descentrarnos de nosotras mismas para poner a Dios en el centro de nuestra vida.

Con demasiada frecuencia, tenemos tendencia a recaer en una concepción errónea de la religión, hacemos del cristianismo una moral para ser mejor, nos ponemos en medio y hacemos de Dios un instrumento para nuestra perfección moral, confundiendo la vida de la gracia con la perfección moral. Y no es Dios el que está en el centro, sino nosotros. Sin embargo la gracia no está ahí para hacernos perfectas o más hermosas, la gracia está ahí para ayudarnos a **hacernos más amantes, a llegar a ser nada más que del Amor.**

Llegar a ser “*inmaculada*” no es, pues, aprender a “subir” para ser el más grande en la perfección, sino al contrario, es aprender a acoger, a escuchar, a contemplar al otro. María Inmaculada nos enseña a acoger el don de Dios, es esto lo más difícil, es un trabajo extraordinario el de aceptar existir en segundo plano y permitir que Dios pase a través nuestro.

¿Qué llamadas podemos recordar para nuestra vida diaria? Veamos tres, entre otras, para permitir a Dios que logre su proyecto en nosotros, según nuestra vocación de sierva de los pobres.

3 – DESCUBRIR LAS GRACIAS RECIBIDAS

Dios no cesa de ofrecernos su gracia para arrancarnos de nuestros límites y llenarnos de su presencia. La gracia abre todas nuestras facultades al Amor y nos permite entrar en una **Alianza viva con Dios**, en un intercambio dinámico y no estático, porque la gracia es también **una llamada a crecer y una misión a cumplir.**

EN NAZARET, **MARÍA** se ha dejado visitar por Dios, ha acogido plenamente **la gracia única** de “*su concepción inmaculada*” **con miras a su misión** de Madre de Dios.

Esta gracia ha sido también, para ella, **una llamada a crecer**: si Dios se ha hecho embrión en el seno de María, es para que esta madre crezca con El y ayude a los demás a crecer. Y María ha avanzado por un camino de fe que irá hasta el pie de la Cruz, esta cruz que le ha acompañado desde el principio al final.

EN PARIS, **CATALINA** también se ha dejado sorprender por Dios, ha acogido **la gracia única del encuentro del 18 de julio de 1830 con miras a la misión** que deberá cumplir: hacer acuñar una Medalla con la efigie de la Inmaculada. Esta gracia ha sido, para Catalina, **una llamada a verlo todo en Dios y a ver a Dios en todo.** También sabemos que esta misión fue el “*martirio de su vida*”.

AQUÍ, EN ESTE MOMENTO, **CADA UNA DE NOSOTRAS** existimos en el pensamiento de Dios pero aún hay que descubrirlo.

a) Una gracia única y personal

Cada uno de nosotros hemos recibido **una gracia única... con miras a una misión.** Esta gracia única se nos ha confiado personalmente. Y siempre es **una llamada a crecer**, a nacer más a la vida de Dios, a su manera de ver, de pensar y de actuar. Esta gracia única, debemos **cultivarla** porque nadie podrá hacerlo por nosotras.

b) Nuestro “Nazaret”

Cada día, Dios nos da su gracia en el corazón mismo de nuestra vida tal y como es. María nos enseña a descubrir “nuestro Nazaret”, el “Nazaret de nuestros corazones”, el “Nazaret de nuestras vidas” donde Dios se da. Ella puede ayudarnos a no centrarnos únicamente en lo que pedimos a Dios, porque, entonces, no nos daremos cuenta de lo que nos concede cada día.

Pero, ¡no nos engañemos! Acoger la gracia de Dios no es una seguridad ofrecida para “navegar” por las dificultades de la vida. Cuando san Pablo dice: “vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí” y añade “Mi vida de ahora, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí” es decir va *hasta la Cruz*. Entonces, ¡no nos extrañemos si no siempre es fácil! Estamos prevenidas, esto va hasta pie de la Cruz. Por eso, si queremos el bienestar, la siesta permanente o la realización personal, hay que ir a buscar un gabinete de puesta al día, pero no vayamos con el Señor, porque El murió en una cruz.

II – AMAR E IMITAR A MARIA, “SIERVA DE LOS DESIGNIOS DE AMOR DEL PADRE”

1 – PARTICIPAR EN LA FE DE MARÍA

La bienaventuranza de María “*Dichosa la que ha creído*” se cita al final del Evangelio de san Juan cuando Jesús dice a Tomás: “*Dichosos los que crean sin haber visto*”, es decir “*Dichosos los creyentes, aunque no vean*”. Tomás, el discípulo que vacila y duda, debe mirar a María, la creyente, debe inscribirse en la fe de María. A través de Tomás, es toda la Iglesia la que debe inscribirse en la fe de María.

Con María y por ella, la Iglesia aprende a seguir a Cristo hasta despojarse. Es en la Cruz donde Jesús escoge darnos a su madre, porque necesitamos su mediación maternal para no quedarnos en la medida de nuestra pobre fe. Sin su mediación, nuestra capacidad de acoger a Cristo está limitada y por lo tanto imperfecta. María nos enseña a despojarnos de nuestro rango para dejar crecer en nosotras la parte de Dios y llegar a ser humildes siervas del Señor.

2 – LLEGAR A SER SIERVA

Porque María ha vivido totalmente esta palabra: “*hágase en mí según tu palabra*”, puede decir a los demás: “*haced todo lo que él os diga*”, no hagáis según vuestras ideas sino *haced según su Palabra*. Por su entera disponibilidad a Dios, María nos enseña que ser sierva no se reduce a un hacer, a realizar servicios, sino que se trata, en primer lugar, de una actitud interior espiritual que trata de hacer el querer de Dios; es una disposición de corazón que quiere realizar, en todo, la voluntad de Dios. Lo que importa, no es lo que decimos y lo que hacemos sino nuestra capacidad de obediencia para hacer la voluntad de Dios. Y María puede ayudarnos a ordenar de nuevo nuestra voluntad a la de Dios, a hacer que nuestra voluntad se corresponda con la voluntad de Dios.

III – AMAR E IMITAR A MARÍA, MADRE

1 – MIRAR CON FE A LAS PERSONAS PARA QUE PUEDAN “APARECERSE”

Las apariciones dependen de la persona que se manifiesta pero también de la manera como esta persona mira. Con frecuencia se dice que *María se apareció a Catalina*, es verdad. Pero se olvidan decir que fue necesario *en primer lugar que Catalina se apareciera a María*. En efecto, el 18 de julio, la primera persona en aparecer, es Catalina. En el Seminario, nadie se había dado cuenta de Catalina, pasaba desapercibida, “no figuraba” para nadie. Pero, a la luz de Dios, María *mira* a Catalina, ve **la belleza única e irremplazable** de Catalina. Podemos decir lo mismo de otra manera: “*en los ojos de María, el misterio interior de Catalina ‘aparece’ o también: ‘en la luz del amor, Catalina ‘aparece’ a María*”.

Muy frecuentemente, las personas de nuestro alrededor pasan desapercibidas, no las oímos, no

las vemos, o las miramos como objetos puestos ahí, las describimos del exterior sin entrar, porque nuestros ojos están cerrados por nuestro egocentrismo. En nuestro cotidiano, los demás no nos “aparecen”. Si supiésemos abrir los ojos, veríamos a nuestros hermanos en la luz de Dios. Sólo la mirada de fe permite reconocer a los otros tal como son y no tal como quisiéramos que fuesen y también discernir su presencia, su belleza interior. Esta aparición es una llamada a dejar “aparecer”, en la luz de Dios, el misterio de las personas con las que vivimos, a despejar un poco todas las máscaras con las que nos ocultamos.

Si somos capaces de decir a cada uno “*te amo porque eres amado por Dios*” o también “*es el Señor*” y verdaderamente lo pensemos, entonces pueden creerlo y se sienten a gusto al revelar su verdadero rostro. Así, les permitimos “*aparecer*”. Y si lo hacemos también con nuestras Hermanas, esto enseguida desempolvaremos nuestras Comunidades.

2 – ESTAR AHÍ DONDE DIOS NOS NECESITA

- En el Evangelio, María ***está allí*** donde Dios la necesita.
- La noche del 18 de julio, Catalina ***está allí*** donde Dios la necesita.
- Hoy, nuestra vocación consisten en “***estar allí***” donde Dios nos necesita.

ESTAR ALLÍ

Siempre tenemos que preguntarnos: “*¿estoy aquí en este momento?*” Porque con frecuencia estamos “a medias”. Estamos un poco cansadas, un poco inquietas, un poco preocupadas... estamos siempre un poco en otra parte, un poco más lejos o un poco antes... Cuando estamos en la capilla o en una reunión, estamos ya pensando en que habrá que irse, o que hemos olvidado cerrar con llave la puerta de la oficina o el interruptor de la luz, etc...

Del mismo modo, podemos estar junto a alguien estando ausentes, lo mismo que podemos estar presentes para alguien que está a cientos de kilómetros. Esto significa que no es del orden de la presencia física. No basta con “estar allí” físicamente para que algo ocurra. No estamos presentes porque estamos allí, sentadas o de pie, estamos realmente presente cuando nos hacemos presentes.

Para los demás, nuestra presencia es siempre un centro de irradiación... y esta irradiación será luminosa o tenebrosa, según la elección que hagamos de nosotros mismos. Cada día, Dios quiere venir al mundo y llenarlo de su Presencia. Dios es plenitud, esparcimiento de plenitud pero... no puede hacer nada sin nosotros, necesita de nosotros. Nos confía su Presencia.

Sin embargo, Dios no puede darse más que *a los corazones pobres* que le dejan un lugar. La pobreza de corazón, contraria a la suficiencia, es la clave del Evangelio. María, que existe en *forma de acogida*, nos enseña esta actitud fundamental que consiste en acoger al otro en su diferencia, es decir no solamente pensar que puede ser diferente sino también en liberarnos de toda pretensión de poseer la clave de toda realidad. Si creemos que, por un lado o por otro, somos mejores que los demás, más santos que ellos, etc... no hay encuentro posible.

ESTAR ALLÍ DONDE DIOS NOS NECESITA

Si estamos allí donde Dios nos necesita, *amamos la realidad concreta* de nuestros días, *amamos el instante presente* porque Dios no está en otra parte sino en nuestra vida diaria. Nos gusta:

- estar allí “en la capilla” cuando es la hora de la oración, y no sólo física o intelectualmente.

- estar allí “en los tiempos comunitarios”, en el don de una misma a las demás, renunciando a cuanto es demasiado individual.

- estar allí “en el servicio”... ya sea en el servicio de los pobres o en una oficina, en la sacristía, en la cocina o fregando platos... es allí donde Dios se encuentra. Desde el misterio de la Encarnación, debemos buscar a Dios “abajo” en el centro de nuestra vida.

María nos ayuda a comprender que, lo que importa no es tanto la grandeza o la dificultad de las cosas que hacemos, sino la presencia del amor en lo que se nos ha pedido que hagamos. La aparición del 18 de julio de 1830 traza el camino de una “Pastoral de la presencia” hecha de proximidad. *La presencia*, si es don de sí, es la *primera riqueza que podemos comunicar*. La presencia es algo que supera un “hacer”, incluso si también hay que hacer un trabajo y asegurar responsabilidades.

Cuando los pobres nos encuentran y tienen la certeza de que estamos realmente “*presentes*” ante ellos, dispuestas a oír lo que quieren decirnos, su corazón está impresionado y hacemos visible la presencia de Dios. El lugar en el que estamos, se convierte en el lugar de la “*presencia real*” de Dios que conmueve los corazones y transforma el mundo. Incluso sin que lo sepamos, *los que se cruzan con nosotras, llegan a ser más luminosos y más amables*. Porque las personas que experimentan esta “calidad de presencia” saben interiormente que restablece la paz en los corazones. Todas hemos experimentado alguna vez esto: los rostros humanos que permanecen vivos en nosotras, son aquellos a través de los que hemos podido percibir la Presencia infinita de Dios.

Sor Anne PRÉVOST
Hija de la Caridad

Cinco piedras lisas para escuchar la Palabra de Dios

Los cinco conceptos que pueden ayudarnos a estudiar la Palabra de Dios son la Revelación, la inspiración, la interpretación, la infalibilidad y la canonicidad.

Una vez vistos los tres primeros conceptos para escuchar la Palabra de Dios (cf. *Ecos* nº 3, página 146), detengámonos en la infalibilidad (convicción de que la Biblia no tiene error) y la canonicidad (regla que proviene de la huella de su divino Autor).

IV. INFALIBILIDAD

Con frecuencia se oye decir que el texto sagrado de las Escrituras está calificado como “infalible” o que contiene una enseñanza infalible. El sentido de esta afirmación debe entenderse con claridad para saber lo que Dios ha elegido revelarnos en el mensaje bíblico. Un pasaje extraído de la Constitución dogmática sobre la Divina Revelación: *Dei Verbum* (Vaticano II) nos es muy útil en este sentido:

“Pues, como todo lo que los autores inspirados o hagiógrafos afirman, debe tenerse como afirmado por el Espíritu Santo, hay que confesar que los libros de la Escritura enseñan firmemente, con fidelidad y sin error, la verdad que Dios quiso consignar en las sagradas letras para nuestra salvación” (DV 11).

Debemos señalar los calificativos atribuidos a lo que la Biblia nos enseña. El texto sagrado está escrito bajo la guía del Espíritu Santo, y por lo tanto que pueda decirse que enseña “*firmemente, fielmente y sin error*”, pero el objeto de esta afirmación es “la verdad que Dios ha querido ver consignada en las cartas sagradas para nuestra salvación”. Es esta frase final la que es esencial. La Biblia enseña infaliblemente la verdad que Dios quiere revelar para nuestra salvación.

La Biblia no es un libro de geografía o de historia; no es un texto de ciencia ni de sociología. Describe la historia, la ciencia y la sociología tal como la entendía la gente de esa época. Los autores no han recibido la ciencia infusa sobre la creación del mundo ni sobre el origen de la humanidad o la migración de los pueblos. Hay numerosos ejemplos que prueban que esto es cierto y en la época moderna estas ideas se reagrupan en torno a principios científicos. Permítanme comenzar con la historia de Galileo.

Durante la mayor parte de la historia humana, los hombres creían que el sol giraba en torno a la tierra. Cuando observamos al sol desplazarse por el cielo, nos parece que no nos movemos nosotros, sino que es el sol. A esto se añade la aparente verdad de que no sentimos ningún movimiento. Ésta ha sido la creencia común de la mayoría de la gente durante mucho tiempo. En uno de los relatos bíblicos, Josué pide al Señor que detenga el movimiento del sol mientras el pueblo de Israel lucha. Esto fue interpretado por algunos como una enseñanza infalible de que el sol gira en torno a la tierra, ya que Josué lo detuvo (Jos 10, 7-15) e Isaías hizo que se volviera para atrás (Is 38, 1ss). Cuando Galileo demuestra que el sol es en realidad el centro de nuestro sistema solar y que los planetas giran en torno suyo, parece que estaba contradiciendo a la Biblia así como al sentido común de la mayoría de la gente. Pero la Biblia no es un libro de astronomía ni de física sino que simplemente expresa la fe de la gente de aquel tiempo. El que sea el sol el que gire en torno a la tierra o el que sea la tierra la que gire en torno al sol no es necesario para nuestra salvación, -y no es de este modo como Dios ayuda a su pueblo.

Podemos hacer razonamientos similares con relación al tema de la creación o de la evolución. El modo cómo Dios creó el universo o cómo creó a los seres humanos no es necesario para nuestra salvación;

Lo cierto es que Dios creó estas cosas de un modo acorde con la voluntad divina, no es el “cómo” lo que es infalible, sino el hecho de que Dios nos creó y creó todas las demás realidades.

La Biblia enseña *“firmemente, fielmente y sin error, esta verdad necesaria para nuestra salvación”*. Si lo que enseña no contribuye a nuestra salvación, no es infalible. No podemos considerar la Biblia, como algo que responde a todas las preguntas ocultas en el texto bíblico como si se tratara de un texto misterioso o exotérico. La Biblia enseña una verdad que, bajo la guía del Espíritu Santo, es clara para el más sencillo creyente. Su significado no necesita ser deformado o transformado para encontrar las respuestas a cuestiones que los autores bíblicos jamás se han hecho ni, incluso, imaginado. Es verdad que tenemos que estudiar el texto bíblico para discernir todo su significado (surgen nuevos significados conforme uno pasa más tiempo con el texto), pero todo depende del nivel de fe de la persona y no de sus conocimientos intelectuales sobre el mundo.

Las enseñanzas infalibles de las Escrituras son las necesarias para nuestra salvación y se revelan verdaderas en todo tiempo y lugar.

V. CANONICIDAD

El último concepto para leer y entender bien la Biblia es la “canonicidad”. Quizás es éste el término menos conocido, pero hace referencia a ciertas ideas muy importantes que iluminan el texto bíblico.

“Canonicidad” tiene que ver con la elección de ciertos textos de la Biblia. Todos los textos de la Biblia judeo-cristiana son llamados el “Canon”. En los primeros siglos de la era cristiana existían numerosos textos que podían haber sido incluidos en la Biblia. La Iglesia seleccionó algunos y descartó otros. Es, pues, la Iglesia la que bajo la inspiración del Espíritu Santo, ha escogido los libros que formarían parte del Canon. Esta decisión la toma después de discernir cuáles eran los textos que comunicaban mejor el mensaje de Dios. Este proceso de selección no tuvo lugar inmediatamente en el siglo primero. Al no contar con las ventajas de poder imprimir los textos, ni con las técnicas de comunicación modernas, las distintas comunidades primitivas tenían en su Canon diferentes libros. Algunas tenían los evangelios de Mateo y Juan, el libro del Apocalipsis y tres epístolas de Pablo; otras poseían los evangelios de Marcos y Lucas, los Hechos de los Apóstoles las cartas de Pedro y Judas... y así sucesivamente. Algunos de esos textos de Cánones locales se han incluido en el Canon definitivo de la “Gran Iglesia”. No es hasta el siglo IV cuando la Iglesia reúne todos los libros que formarán parte del Canon. Fue un esfuerzo considerable que dio lugar al Canon actual.

Existen críticas sobre por qué la Iglesia ha incluido algunos textos en la Biblia y ha optado por descartar otros. Es verdad, pero es la propia naturaleza de la Biblia. No todo lo que fue escrito en los primeros siglos es palabra inspirada por Dios. Es por lo que la interpretación de la Biblia nacida en el seno de la Iglesia no puede hacerse más que en este contexto. La Biblia pertenece a la Iglesia y a cualquiera que se encuentre en el seno de la Iglesia. Nadie puede situarse fuera de ella, es decir, fuera de la comunidad judeo-cristiana, e interpretar con autenticidad la Escritura. Pero en el seno de la comunidad cristiana pueden existir numerosas formas de escuchar las Escrituras y de discernir la voluntad de Dios. La palabra de Dios es superior a la Iglesia, pero su interpretación no se lleva a cabo más que en la Iglesia.

Este primer punto sobre el carácter de la canonicidad conduce a un segundo punto. Todos los libros incluidos en la Biblia son enteramente canónicos; solo todos los libros juntos forman la Biblia canónica. No se puede elegir algunos libros y considerarlos canónicos, del mismo modo que no se pueden seleccionar frases favoritas y rechazar el resto de la Escritura. La Biblia solo es canónica en su totalidad. Solo la Biblia en su integridad es la Palabra de Dios revelada.

Lo que significa que se debe leer toda la Biblia para entender lo que Dios nos ha revelado. Cada parte del texto bíblico ayuda a la interpretación de la siguiente.

Tenemos que señalar también que no existe “el” texto bíblico. No tenemos el autógrafo de los escritos bíblicos, (el texto original escrito a mano por el autor bíblico). Tampoco tenemos fuentes incondicionales en las que podamos extraer. Cada libro bíblico tiene cientos de manuscritos que dan testimonio del texto, pero existen ligeras diferencias entre ellos. Es en su conjunto dónde la revelación tiene lugar y no en cada pasaje sacado de su contexto bíblico. Este es el objetivo y el sentido del Canon. Incluye todos los libros bíblicos en un orden canónico y con un texto canónico tal como ha sido presentado y aprobado por la Iglesia.

CONCLUSIÓN:

Cuando se lee la Biblia no es igual que cuando se lee cualquier otro libro porque estamos en presencia de la Palabra de Dios. Esta debe ser tratada con respeto y fe. Algunas personas se permiten hacer conjeturas o adoptar posiciones que no están justificadas por el texto bíblico. Estas personas no reconocen la realidad de lo que Dios nos ha dado. Podemos concebir la Biblia en los mismos términos que el misterio de Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, se trata de una realidad divina y humana. La Biblia contiene la Palabra inspirada por Dios que revela a la comunidad humana su voluntad divina pero es también una construcción humana que contiene las limitaciones propias de lo que pertenece al orden creado. Ambos conceptos juntos nos permiten acercarnos a la Biblia con una mirada apropiada.

Para leer correctamente la Biblia, debemos utilizar los dones que Dios nos ha dado como seres humanos. En primer lugar el don del Espíritu Santo que nos permite leer el texto comprendiéndolo y descubrir su verdadera aplicación. Pero está también el don de la inteligencia para reflexionar sobre el texto, compararlo con otras partes y discernir lo que Dios nos enseña, lo que me enseña, en un momento dado y para un lugar preciso. Utilizar los dones que Dios nos ha dado y abrirnos a la inspiración divina permite la comunicación que el texto está llamado a iniciar. No nos contentamos con leer el texto, lo escuchamos en la presencia de Dios y buscamos la luz y los consejos que da a nuestras palabras y a nuestros actos.

Los cinco conceptos ilustrados en esta conferencia sobre la Palabra de Dios pueden ayudarnos a escuchar esta Palabra con mayor respeto y devoción. Reconocemos que el Señor nos revela su ser divino. Sabemos que este texto ha sido escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo y debe leerse bajo esta misma inspiración. Sabemos que la Escritura tiene un significado para nuestro tiempo y el lugar en el que estamos, y estaremos llamados a interpretarla en consecuencia, permaneciendo atentos al significado que tuvo para las primeras comunidades judeo-cristianas. La verdad infalible que la Biblia nos enseña es que está ordenada a llevarnos a nuestra salvación cuando estudiamos lo que leemos y lo que creemos. Sabemos también que la Biblia pertenece a la Iglesia: es en el seno de la Iglesia, en medio de una comunidad de fe, dónde su sentido está asegurado y salvaguardado.

La Biblia es uno de los maravillosos regalos que el Señor nos ha dado. Es uno de los medios de comunicación divina y humana. Cuando continuamos leyendo la Biblia y orando con ella, pedimos al Señor que abra nuestros oídos y nuestros labios para escucharle y proclamar su palabra con fe.

Texto preparado por el Padre P. GRIFFIN,
leído por el Padre B. SCHOEPFER
durante el Encuentro de 25-40 años de vocación

Testimonio

Provincia de Eslovenia

Eslovenia es un país de la Antigua Yugoslavia, que se independizó en 1991 y pasó a ser miembro de la Unión Europea en 1997. El régimen comunista marcó mi juventud. Personalmente nunca fui perseguida, incluso si en esa época los creyentes estaban considerados como ciudadanos de "segunda clase" nunca sufrí discriminación. Si una persona no era miembro del partido comunista, no podía ejercer una profesión importante como enseñar, ser director o policía, empresario... Ahora, incluso si estamos en un régimen democrático, la gente todavía tiene esa mentalidad de que los creyentes, las familias con más de tres hijos y los agricultores son ciudadanos de "segunda clase" y deben ser tratados como tales. La generación anterior, la de mis padres, sufrió mucho después de la segunda guerra mundial. Tres de mis tíos murieron poco después de la guerra, uno de ellos era estudiante de teología. A mí nunca me han contrariado en mis estudios como lo fueron los jóvenes de la década anterior o los anteriores. Recuerdo aun las murmuraciones que circulaban durante mi escolaridad con relación a los maestros que, en privado vivían su fe, yendo a misa a otras parroquias y sentándose en algún rincón oscuro de la Iglesia para no ser vistos.

Deseando ejercer una profesión sanitaria, entré en la Compañía de las Hijas de la Caridad. En aquella época, las Hermanas no podían trabajar más que en el campo sanitario, se les impedía ejercer cualquier otra profesión. Yo admiraba el carisma y la espiritualidad de san Vicente y sentía que era la misión mi vida. Las Hermanas estaban exiliadas en Serbia donde hice mi Seminario. Estoy muy agradecida de haber podido trabajar al servicio de las personas con minusvalía física o mental.

Desde hace 17 años trabajo como médico en el sistema nacional de salud curando a la mayoría de las gentes, incluidos los marginados y los pobres; realizo la atención primaria. Nuestro Sistema Sanitario está basado en la solidaridad, pero cada vez crece más el número de personas que tienen ingresos muy bajos para poder pagar el seguro básico, sobre todo los trabajadores extranjeros que provienen de las diferentes partes de la antigua Yugoslavia y que viven en Eslovenia. Explotados, pobres y sin derechos, pierden con mucha frecuencia el trabajo si explican abiertamente sus condiciones de trabajo o si llaman a un inspector de trabajo. Generalmente los atiendo gratuitamente o busco algún medio para organizar los cuidados.

Actualmente trabajo en un Centro de Salud de un pequeño pueblo en la zona rural. Formo equipo con una enfermera laica que me ayuda mucho. Estoy convencida de que comprendo mucho mejor a mis pacientes compartiendo su forma de vida y de trabajo. Como Hermana, se espera de mí que trabaje más por un salario menor. Eslovenia es el país más corrupto de Europa, lo que es una consecuencia del antiguo régimen. Yo trato de ofrecer una ayuda equitativa a todos. A veces hago incluso más por los pobres, ya que con demasiada frecuencia no pueden obtener la ayuda que conviene o son demasiado humildes para obtenerla. El hecho de trabajar en la "atención primaria" me permite ver o descubrir gentes que tienen problemas u otras necesidades: médicas, sociales, familiares, o en relación con su situación de emigrantes, violencia o soledad. Tengo la suerte de visitarles en sus casas y de hacerles un acompañamiento. Lo mismo les aconsejo como me contento con escucharles cuando lo necesiten. Para ayudarles recorro bien a una enfermera, o a un trabajador social o a un psicólogo. Les puedo orientar hacia diferentes organismos u asociaciones. Ciertamente, mi principal trabajo profesional sigue siendo los cuidados médicos.

Ser médico o enfermera es una profesión gratificante, que nos ofrece diariamente una gran satisfacción interior. Curar a los enfermos y a las personas discapacitadas era una de las tareas principales de Jesús. Él estaba siempre cercano de los enfermos; sabiendo hasta qué punto el sufrimiento puede ser destructivo, los curaba corporal y espiritualmente.

Nadie sabe el enorme dolor de un sufrimiento hasta que uno mismo lo experimenta en su propio cuerpo. Es muy diferente decir a un paciente: "usted tiene tal y tal enfermedad" que padecerla uno mismo. La experiencia me ha enseñado que los problemas se convierten en problemas reales cuando son míos. Yo intento ser agradable con los enfermos, me esfuerzo en no generalizar porque cada persona merece respeto. No trato unas anginas sino que trato a la persona que las padece. Mi paciente no es un objeto y el enfoque clínico de la enfermedad no debe ser más importante que el humano. El modelo estereotipado del médico trabajando más rápido y más barato, lleva a la rutina y a la deshumanización de los pacientes despojándoles de toda dignidad.

Supongo que mi preocupación con relación a los papeles y a la informática es la misma que cada una de ustedes puede experimentar. En vez de estar centrada en el paciente, debo rellenar diversos formularios, escribir lo mismo en tres ejemplares, en tres sitios diferentes. Desgraciadamente la burocracia parece estar dominando nuestras vidas. Si quiero dedicar más tiempo a mis pacientes debo sacarlo de mi tiempo personal libre.

En mi trabajo percibo hasta qué punto las gentes de nuestros días desean conocer a Dios.

En mi país, muchas personas se declaran ateas, buscando un sentido a su vida en el éxito profesional o en la riqueza. Pero, cuando alguno de ellos enferma, sobre todo si se trata de una enfermedad grave, luchan hasta el agotamiento. Si alguno muere, la familia quiere buscar quién es el responsable de su muerte. Con frecuencia acusan a los médicos o al tratamiento. Ante la enfermedad incluso algunos creyentes pierden la fe. En otro tiempo, algunos percibían la enfermedad como un castigo por sus pecados; hoy piensan que es la consecuencia de haber llevado una vida poco sana. De tal modo que el miedo a la enfermedad les hace preocuparse excesivamente de sus cuerpos. Prueban todo tipo de dietas, gimnasias y espiritualidades como el yoga. Su tiempo y su pensamiento están centrados en la preocupación de ellos mismos. Hacen todo para sentirse en forma, sin importarles el dejar otras tareas o personas. Tener un cuerpo sano y en forma se ha convertido en el dios de nuestra época.

Otra realidad que es también increíble es la de las personas mayores, solas o en fase terminal. Estas personas no cuentan con el apoyo y cuidado necesarios por parte de sus familias. Nadie tiene tiempo ni fuerza para ellos. A veces vienen a verme las familias de los pacientes para expresarme que desean lo mejor para sus padres, pero no hacen nada para ayudar. Esperan que el sistema público sanitario corra con todo, incluidos los cuidados médicos y el transporte para ir a la consulta. Por otro lado las personas mayores no quieren ser una carga para sus familias y muchas veces me piden hacerles lo que sus familiares deberían hacer. Nuestro sistema sanitario no tiene residencias ni hospitales preparados para cuidar a los enfermos en fase terminal. Por eso generalmente se quedan en salas de hospitales o rotan por los diferentes centros hospitalarios hasta que fallecen. Antes en Eslovenia, los cuidados a domicilio eran de calidad pero últimamente han comenzado a degradarse debido a la crisis económica. Ha llegado a ser demasiado caro para los pobres. Son cada vez menos las personas pueden permitirse la atención a domicilio, y los demás se quedan en sus casas sin que nadie les cuide. Es en este campo social en el que puedo tratar de organizar la ayuda y los cuidados que les son necesarios.

Fuera de mi actividad profesional dedico tiempo a las actividades parroquiales; es una manera de equilibrar mi vida lo que me permite ponerme continuamente en contacto con personas que sufren o que están en fase terminal. Soy catequista de niños y jóvenes y formo parte de un equipo que está comprometido en diversos proyectos parroquiales. Aquello en lo que ponemos más énfasis es en crear una atmósfera en la que la gente se siente aceptada y querida. En tal entorno, las personas pueden descubrir más fácilmente al Dios que les ama. En Eslovenia, el Régimen comunista primero y más tarde un liberalismo salvaje han creado un clima hostil hacia los creyentes y especialmente hacia el clero. Ciertamente que el

reciente asunto financiero en Maribor, en el que la Iglesia ha perdido considerables cantidades de dinero por incorrectas inversiones, ha acrecentado el odio hacia la Iglesia Católica, la religión mayoritaria en el pasado. En un ambiente tan hostil, solo el ejemplo sincero y abierto de mi vida y de mis relaciones personales puede dar testimonio del amor de Dios. En mi experiencia, la colaboración con los sacerdotes de la Congregación de la Misión puede aportar muchos frutos por la dimensión espiritual y concreta de nuestros esfuerzos de colaboración entre hombres y mujeres.

En la provincia de Eslovenia existen muchas posibilidades de servir a los pobres hoy y faltan hermanas jóvenes, en contraste con lo que existía en el pasado, cuando había muchas Hermanas pero que no estaban autorizadas a realizar públicamente su misión. Creo firmemente que Dios tiene su propio modo de llegar a nuestros corazones y sostener los diferentes servicios a los pobres por bien elaborados que estén nuestros proyectos. Lo que yo deseo en mi vida, como Hija de la Caridad es ser testigo de un Dios Amor, ser una Hermana que acompañe a las personas en sus penas y en su soledad, que comparta sus problemas y sus luchas, que alivie sus sufrimientos con medicamentos pero también dándoles la mano.

Sœur Marta JERMAN

Hija de la Caridad

¿HAY ALGUIEN MÁS INDIFERENTE
que el que cumple la voluntad de Dios
en cada cosa,
que no se busca a sí mismo
en ninguna de ellas?

¿HAY ALGUIEN MÁS LIBRE
Y MÁS DISPUESTO
a cumplir la voluntad divina?

¿Y LA PUREZA DE INTENCIÓN?
¿cómo practicarla mejor
que con la práctica de la voluntad de Dios?

¿HAY ALGUIEN QUE TENGA
UNA PUREZA MÁS PERFECTA
que el que quiere
y hace todo lo que Dios quiere
y de la manera como lo quiere?

YA QUE DIOS MIRA LAS OBRAS,
sólo si se ve en ellas
y se las dedicamos.

(SV. XI-3, 447)